

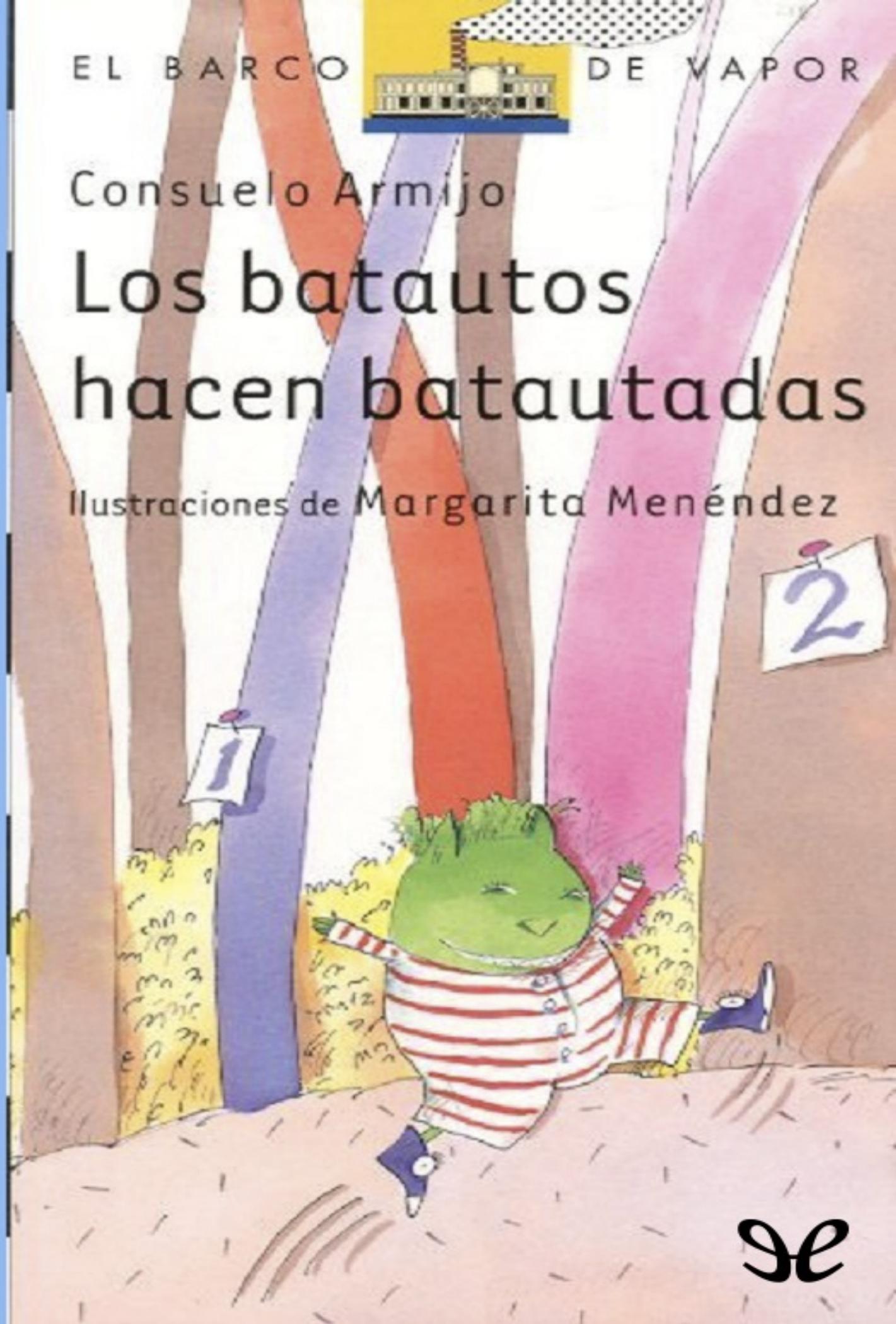
EL BARCO DE VAPOR



Consuelo Armijo

Los batautos hacen batautadas

Ilustraciones de Margarita Menéndez



se

Peluso el listo, Buu el tontito, Gusi el perezoso y Erito el cascarrabias son, junto con el sabio y bondadoso (aunque un poco despistado) rey don Ron, los principales protagonistas de esta historia de batautos. ¿Y qué son los batautos? Pues unos personajes, mitad humanos, mitad fantásticos, que viven en una sociedad alegre y feliz donde, a pesar de todo, siempre surgen complicaciones. Y es que los batautos pasan el día haciendo batautadas: fiestas, juegos, inventos y ocurrencias que siempre acaban en divertidos desastres.



Consuelo Armijo

Los batautos hacen batautadas

Serie Azul - 114 (El barco de vapor)

ePUB r1.0
Tiver 16.04.2013

Título original: *Los batautos hacen batautadas*

Consuelo Armijo, 1984

Ilustraciones: Marta Balaguer

Editor digital: Tiver

ePub base r1.0



Prólogo

En un país lejano... bueno, no, en realidad no es un país. Será mejor decir: en un pueblo... pero no, no. ¡Tampoco es un pueblo! ¡Ya está! En un bosque lejano... ¡Ay! Es que no sé si está lejos o cerca y ¿será de verdad un bosque? Bueno, en un sitio que no sé dónde está y que no sé lo que es, pero que se parece mucho a un bosque, viven los batautos.

Los batautos son unos seres verdes con orejas al principio de la cabeza y pies al final del cuerpo y que hacen batautadas. Sí, todos los días hacen un montón de ellas, y si vosotros leéis este libro conoceréis muchos montones de batautadas.

Os voy a presentar a los batautos principales:

Don Ron es el rey, y tiene tantos años, que se ha olvidado dónde tiene la cabeza y dónde los pies.

Peluso es muy listo (por lo menos eso se cree él), fue el que inventó la cometa, como pronto vais a ver.

Buu es su amigo íntimo, y todo lo que dice Peluso se lo cree. ¡Pobre Buu! ¡Así le va a él!

De Gusi cuentan que un día estaba tumbado en el suelo y se cayó. ¿Qué cómo fue? Pues no lo sé.

Erito es muy sensato y un poco malhumorado.

Y ahora, ¡atención! Las historias de batautos van a empezar.

Consuelo Armijo



El cuarenta y dos de Septiembre

Don Ron nada más hacía que cálculos y más cálculos, pues quería saber cuándo iba a caer el 42 de Septiembre.

—Treinta días trae noviembre, con abril, junio y septiembre —se decía Don Ron venga a hacer cálculos—. Pues eso quiere decir que entre los cuatro traen ciento veinte días —dijo después de contarlos muy bien—. ¿Pero cuándo cae el cuarenta y dos de Septiembre?

Y después de hacer muchas sumas y restas, Don Ron se dio cuenta que el cuarenta y dos de Septiembre era al día siguiente.

—¡Zambombas y panderetas! —dijo—. ¡Y todavía sin preparar el desfile! ¡El desfile del 42 de Septiembre!



Y ni corto ni perezoso Don Ron cogió un tambor y empezó a tocarlo por todo el bosque mientras decía:

—Por ser el 42 de Septiembre

Ubre, ubre, ubre, ubre

Mañana habrá un desfile

Bile, bile, bile, bile

Que vosotros tenéis que preparar

Traíala, traíala, traíala.

La noticia fue acogida de muy diversas maneras por sus súbditos. Erito, por ejemplo, cerró las ventanas para no oírle, y en vez de preparar el desfile, se puso a preparar la merienda.

Gusi corrió a mirar el calendario, pues eso del 42 de Septiembre le sonaba mucho, y pensó que a lo mejor es que era su cumpleaños, pero por el camino se cayó, y, ya de paso, cayó también en la cuenta que no podía ser, porque su cumpleaños era en primavera, y el 42 de Septiembre no. De eso estaba seguro.

Buu y Peluso, en cambio, se dejaron de problemas, y empezaron a seguir a Don Ron, bailando muy contentos, y cantando a coro lo de «Bile, bile, bile» y lo de «traíala, traíala, traíala», hasta que Don Ron se cansó, y, en vez de tocar el tambor, les dio un coscorrón, y les dijo:

—Menos danzar y más desfile preparar.

Peluso y Buu se pararon y se miraron preocupados.

—No te apures, Buu —dijo Peluso—. Yo sé cómo se hacen los desfiles. Tú ve y reúne a todos en mi casa. Lo demás corre de mi cuenta.

Y entonces fue cuando empezaron los problemas. Buu encontró una resistencia casi invencible en convencer a Erito para que dejara de merendar, y fuera a preparar el desfile.

—Dice Peluso que sí, que vayas, y Don Ron también quiere, y nos ha dado un coscorrón —explicaba una y otra vez el pobre Buu.

—Bah —dijo Erito levantándose al fin—. Esto es lo que sucede cuando se tiene un rey chiflado de remate, que no puede uno ni merendar tranquilo.

Peluso, mientras tanto, estaba muy ocupado convirtiendo en pizarra un hule verde.

—Ya está —dijo cuando lo hubo clavado en la pared—. Ahora las sillas.

Y empezó a colocar las sillas enfrente del hule, y cuando los batautos llegaron, Peluso les mandó sentar, y, cogiendo una tiza, explicó:

—Desfilar es pasar por delante de alguien, por ejemplo de Don Ron asomado al balcón.

Y Peluso entonces dibujó a Don Ron asomado al balcón.

—Ahí lo tenéis —dijo Peluso.

—¿Quién es? ¿Quién es? —preguntó Gusi.

—Don Ron. ¿No lo he dicho? —contestó Peluso.

—Y ¿qué se le ha caído encima de la cabeza? —dijo Buu.

—No se le ha caído nada —dijo Peluso con mucha paciencia—. Se la puso por la mañana al levantarse.

—¿El qué? —volvió a preguntar Buu.

—La corona —dijo Peluso suspirando—. Este Buu nunca comprende nada —pensó.

—¿Y por qué está ahí pintado? —chilló de repente Erito con muy mal genio.

—¡Porque lo he pintado yo! —gritó Peluso perdiendo la paciencia.

En vista de eso, Erito se levantó para irse y acabar de merendar, pero Peluso que lo vio, añadió muy deprisa:

—Para hacer un ensayo y que todos desfilemos delante de él.

Y Erito, después de dudarle mucho, se volvió a sentar, y entonces Peluso dio una palmada y dijo:

—Todos de pie, y a pasar delante de Don Ron.

Y Erito se volvió a poner de pie de muy mal humor, porque pensaba:

—Si lo llego a saber no me siento.

Los batautos ya pasaban a todo correr delante del retrato de Don Ron, y luego daban la vuelta y volvían a pasar, riéndose mucho, y tratando de adelantarse los unos a los otros.

—¡Qué vergüenza, qué vergüenza! —gritaba Peluso—. Así no se desfila.

Mas nadie le hacía caso, porque se estaban divirtiendo de lo lindo, pero en esto Gusi se cayó y todos tropezaron y se cayeron. Peluso aprovechó esta parada para regañarles, y decirles que así no se desfilaba.

—Pero, Peluso —dijo Buu—, si estábamos pasando delante de Don Ron como tú dijiste.

—Pero así no se hace. Se hace así. —Y Peluso se estiró mucho, y echó a andar con gran solemnidad.

—Fanfarrón —chilló Erito. Y quiso ponerle la zancadilla, pero cuando Peluso iba a pasar se arrepintió, y bajó el pie para que no se cayera. Y resultó que Peluso, que iba muy tieso mirando al frente, no lo vio, y le dio un pisotón.

—¡Ay! —chilló Erito.

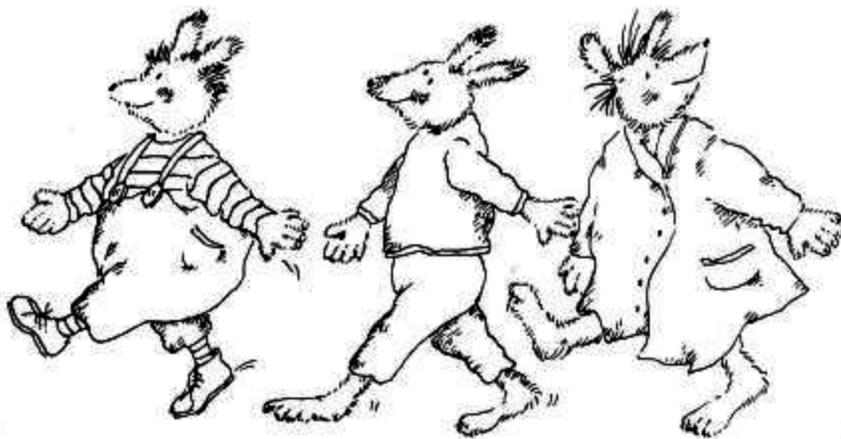
Pero nadie le hizo caso, y todos empezaron a desfilan como Peluso les había enseñado. Y Peluso estaba muy contento, y dijo:

—Para que mañana todo salga bien iré yo el primero.

—¿Por qué Peluso el primero? —dijo Erito—. Yo no quiero.

—Porque si fuera Gusi se caería, y todos tropezaríamos —dijo Peluso.

—Bah, bah, bah —contestó Erito de muy mal humor.



Y llegó el día siguiente. Desde las siete de la mañana Don Ron estaba en su balcón tocando con las palmas eso de: «que empiece ya, que el público se va».

Por fin, a las nueve y media, vio aparecer a Peluso blandiendo con mucho garbo el palo de una escoba. Detrás iban todos los batautos a cuál más tieso, y Don Ron se puso a aplaudir.

—¡Bravo, bravo! —decía.

Y justo, justo, cuando iban a pasar delante del balcón, a Peluso se le enredaron las piernas con el palo de la escoba, y se cayó.

Entonces Buu, que iba detrás, en un arranque de serenidad, dio un salto, y pasando por encima de Peluso, siguió desfilando como si tal cosa.

—¡Bravo, bravo! —gritaba Don Ron, que se creía que eso formaba parte del programa.

Todos los batautos imitaron a Buu. ¡Hasta Gusi saltó por encima de Peluso sin percance! Y cuando éste vio que todos habían pasado, se levantó y, ¡plaf!, notó que algo le caía encima. Era

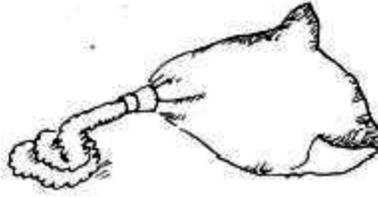
Don Ron, a quien tan divertida le había parecido la cosa, que había bajado para saltar él también, y cuando vio que Peluso se había puesto de pie, se agarró a su cuello y chilló:

—¡Seguir desfilando!

Buu dio la vuelta, y, seguido de todos, volvió a pasar por el balcón de Don Ron. Y así una y otra vez. El último iba Peluso con Don Ron encima. ¡Pobre Peluso, acabó cansadísimo ese 42 de Septiembre!



La flor de Zazale



Peluso había pasado largas horas dedicado a la lectura de grandes obras literarias, y, cuando al fin salió de su casa para ver a Buu, tenía unas ganas horribles de correr aventuras parecidas a los personajes de esos libros.

—Buu —dijo—, ¿por qué no jugamos a que yo era un lobo y tú un cordero y te comía?

—¿Y por qué no jugamos a que tú eras un soldado y yo el capitán, y me tenías que limpiar los zapatos?

—Porque eso no viene en ningún libro.

—No importa —contestó Buu animadísimo, pues tenía un montón de zapatos sucios.

A Peluso la cosa no le empezó a hacer ninguna gracia.

—Pues yo no juego —dijo.

Buu le miró desilusionado.

—En cambio —siguió Peluso—, si tú quisieras hacer de cordero nos divertiríamos la mar.

Y Peluso empezó a contar a Buu lo bien que lo pasaban los corderos y los lobos en las grandes obras literarias.

Y Buu, que solía tener bastante buen conformar, volvió a animarse:

—Entonces, ¿qué es lo que tengo que hacer yo? —preguntó.

—Pues tú serías el cordero, y yo el lobo, y cuando llame a tu puerta tienes que decir: «Pasa, pasa, madrina».

—¿Qué madrina? —dijo Buu.

—¡Este Buu, que nunca comprende las cosas! —pensó Peluso. Y explicó—. Es que tú te crees que soy tu madrina. Si supieras que era un lobo no dirías: «pasa, pasa».

—¡Ah! —dijo Buu.

—Entonces —continuó Peluso—, voy yo y digo: «Prepárame una taza de té», y tú dices: «Sí, madrina».

—¡Anda, qué fea debía de ser! —exclamó Buu.

—¿Quién? —dijo Peluso mirando a todas partes—, ¿quién debía ser fea?

—¡La madrina! ¡Mira que para seguir confundiéndola por el lobo!

—¡Pero Buu! ¿No te estoy diciendo que es un cuento?

—Pues eso digo, la madrina del cuento.

Viendo que Buu no le comprendía, Peluso decidió cortar la discusión por lo sano y continuó:

—Entonces tú te vuelves de espaldas para preparar el té, y voy yo y te como.

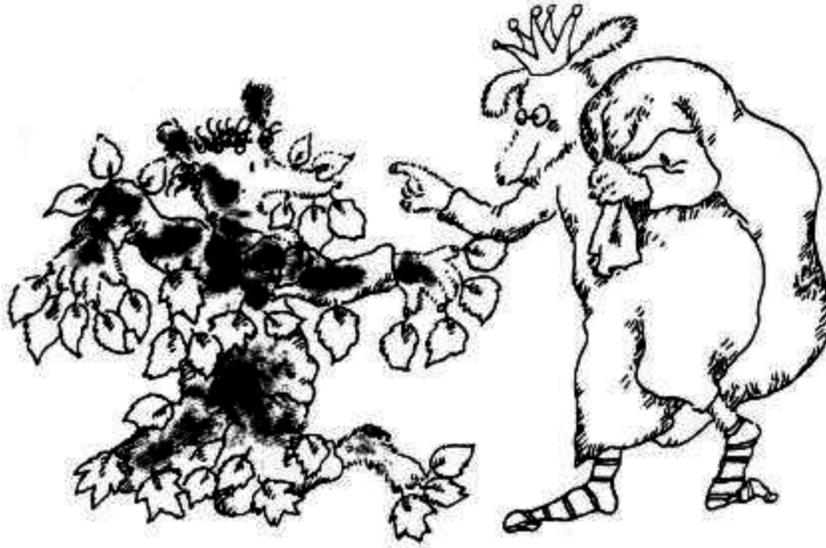
—¡Huy! —dijo Buu.

—Pero al comer carne de cordero me convierto en un hada, y tú sales de mi estómago, y los dos, cogidos de la mano, nos ponemos a bailar. ¿Qué te parece?

—Muy bien —dijo Buu.

—Pues disfrázate de cordero, que yo me voy a disfrazar de lobo, y cuando llame a la puerta, ya sabes lo que tienes que decir.

—Sí —contestó Buu.



Peluso se fue, y Buu se disfrazó de cordero. Primero se rebozó todo él bien en harina para estar blanco, y luego, con una manga pastelera, se llenó de churretones de nata, que parecían rizos, y a cuatro patas se colocó detrás de la puerta a esperar a Peluso. Mientras, Peluso se estaba disfrazando de lobo. Primero se rebozó en barro para adquirir una tonalidad amarronada; luego, para tener una pinta más feroz, quiso ponerse dientes postizos, pero, como no encontró ninguno por esos contornos, se pegó alrededor de la boca grandes hojas verdes, luego se pegó más en los dedos, para que hicieran de garras, y luego por todo el resto del cuerpo, para que parecieran terribles pelos de punta, y Peluso se creía que tenía una pinta ferocísima, y fue entonces cuando Don Ron pasó por ahí, le confundió con una tierna flor de zazalé, le metió dentro de un saco, y se lo llevó a su casa.

—¡Qué bien! Llevo toda mi vida buscando una flor de zazalé y nunca vi una. Pero ¡hay que ver cómo pesa! Yo pensé que eran mucho más ligeras, y más rojas —decía Don Ron que, como no las había visto, no tenía ni idea de cómo eran las flores de zazalé.

Pero su sorpresa fue mayor cuando al sacarla del saco vio que andaba sola, y que además decía que era un lobo, y que quería ir a casa de Buu a comerse un cordero. El pobre Don Ron estaba hecho un verdadero lío, y empezó a dudar si sería o no sería una flor de zazalé.

Además no se atrevía a meterla dentro de un florero, no fuera a ser que, como era tan rara, se ahogara. Así que se fue a pedir consejo, cuidando de dejar la puerta bien cerrada con llave.

Con gran disgusto vio que Peluso, el más sabio de sus súbditos, no estaba en casa, pero por ahí cerca estaba Erito, y le preguntó:

—Erito, ¿sabes cómo son las flores de zazalé?

—Sí —contestó Erito con sorna, pues estaba seguro de que las flores de zazalé no existían—.

Son de color verde-guisante, y tienen patas.

—¿Y hay que meterlas en un jarrón con agua?

—No, en una jarra con vino —siguió diciendo Erito con más sorna todavía.

Y ya iba Don Ron camino de su casa a meter a Peluso en una jarra con vino, cuando se encontró con Gusi y le preguntó:

—Gusi, ¿sabes cómo son las flores de zazalé?

—Sí —contestó Gusi por seguir la corriente a Don Ron, pues la verdad es que él nunca había visto una—, son amarillo-pollo y huelen muy bien.

—¿Y hay que meterlas en una jarra con vino?

—¡Qué va! —contestó Gusi—, se conservan en aceite, como las sardinas.

Don Ron estaba perplejo, y fue a preguntarle a Buu.

—Buu, ¿cómo son las flores de zazalé? —dijo abriendo la puerta de la casa.

Pero Buu no le sacó de dudas.

—Pasa, pasa, madrina —le contestó amablemente.

Don Ron le miró, y le pareció ver una especie de enorme tarta nupcial.



—¡Zambombas! ¡Qué cosas tan raras están pasando hoy! —dijo Don Ron marchándose a su casa, de donde Peluso, como era tan inteligente, se acababa de escapar por la ventana.

Buu se puso muy nervioso ante este acontecimiento, y cuando al poco llegó Peluso y llamó a la puerta, Buu contestó:

—Pisa, pisa, madroña —de puro nervioso que estaba.

Mas luego todo salió bien, y Peluso se comió a Buu y se convirtió en hada. Entonces se arrancó todas las hojas, quedándose de un color marrón-barro, que a él se le antojaba resplandeciente. Y Buu salió de su estómago, y cogidos de la mano bailaron.



Entre tanto Don Ron había llegado a su casa y ¡oh sorpresa! En cuanto vio el plumero que se había dejado olvidado por la mañana al hacer el hall, se dio cuenta:

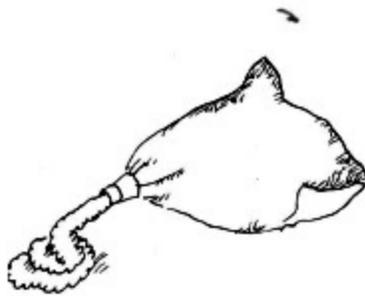
—Esta sí que es una verdadera flor de zazalé, y no la otra —dijo.

Y cogiendo el plumero lo metió en una palangana llena de silicato de sosa, pues de repente recordó que eso era lo que se debe hacer con las flores de zazalé, y se la llevó a su desván diciendo:

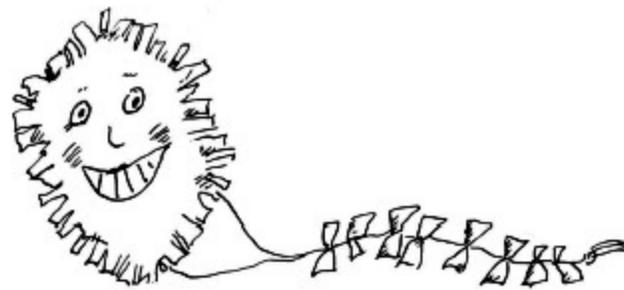
—Esta flor será inmortal.

El pobre Don Ron no se curaba nunca de sus manías.

Y ¿cómo son de verdad las flores de zazalé? La verdad es que es muy difícil enterarse, porque como nadie las ha visto...



El gran invento de Pelusco



Resultaba que Peluso, como eran tan listo, había inventado la cometa voladora.

La cosa sucedió, como él mismo reconoce humildemente, por pura casualidad. Después de comer el domingo cogió un libro de su biblioteca, y resultó que el libro se titulaba «Cómo hacer tu propia cometa», y resultó que Peluso empezó a seguir las instrucciones, y, nada, que inventó la cometa.

El y Buu ya habían salido a jugar con ella. ¡Qué divertido era verla volar!

—¡Hay que enseñársela a los demás! —dijo Buu.

—Sí —contestó Peluso—, se la enseñaremos el martes, y les daremos una sorpresa.

—No, vamos a enseñársela ahora —dijo Buu impaciente.

—No —contestó Peluso—, porque ahora no hace viento, y el martes a lo mejor sí, y entonces la cometa volará más.

Amaneció el martes, y ¡lo que son las cosas! ¡Es que no corría ni una pizca de viento!

—¡Caramba, caramba! —decía Peluso asomado a la ventana con el dedo índice muy estirado y mojado en saliva, como sabía que hacían los marineros para ver de qué lado soplaba el viento—. Desde luego de donde no sopla nada es del norte —decía Peluso.

Pero entonces, como si fuera por llevarle la contraria, empezó a llegar un vientecillo justo del norte, y cada vez se hizo más fuerte, y de repente, ¡plaf!, la puerta de la habitación que Peluso había dejado abierta se cerró de golpe, y luego se cerró la mitad de la ventana, y luego la otra mitad, y Peluso se quedó atrapado en medio, con la mitad del cuerpo fuera, la mitad dentro, y el dedo muy tieso.

—Si ya lo decía yo que hoy martes iba a hacer viento —decía Peluso.

Y en esto, ¡plaf!, la ventana se volvió a abrir de golpe, dando a Peluso tal empujón que a pocas le tira.

Y es que los vientos del norte son muy traicioneros.

—Caramba, caramba —dijo Peluso cerrando la ventana como si nada hubiera pasado—, ya no hace falta seguir asomado. El viento viene del sur. Está clarísimo.

Y el viento se hizo cada vez más fuerte, y más fuerte, y cuando los batautos fueron a la gran explanada para ver lo que Peluso les tenía que enseñar, se había convertido en huracán, y todos llevaban pasamontañas para que no les entrara el aire en los oídos.

Y en esto vieron a Peluso acercarse corriendo y tirando de un hilo, y al otro lado del hilo, alta,

muy alta, venía la cometa.

—¡Ooooooooooh! —dijeron todos llenos de admiración.

Peluso corría tanto que a veces parecía que no ponía los pies en el suelo.

—¡Ooooooooooh! —dijeron todos al notar ese detalle.

Pero cuando de repente vieron que Peluso dejaba de acercarse, y que sus pies estaban cada vez más lejos del suelo, la admiración no tuvo límites.

—¡Aaaaah, eeeeh, iiiih, ooooooh, uuuuuuh! —se oyó en un paroxismo de exclamaciones.

—¡Peluso, Peluso! —dijo Buu corriendo detrás de él, no muy seguro de que la cosa tuviera que ser así.

Y todos le imitaron.

—¡Peluso, Peluso! —le aclamaban mientras le seguían.

—¿Qué?, ¿qué? —contestaba Peluso desde arriba.

En esto Buu dio un salto, le agarró de los pies, y tiró de ellos hacia abajo.

Pero los pies de Peluso tiraron de él hacia arriba, y Buu se encontró de repente con que sus propios pies ya no estaban en el suelo.

—¡Viva! ¡Viva! —chillaron los batautos al ver esto.

Y entonces uno dio un salto y se agarró a los pies de Buu, y, cuando estuvo arriba, otro dio otro salto y se agarró a sus pies, y así se fueron agarrando unos a los pies de otros, hasta formar una cadena de batautos colgando de una cometa.

—¡Bravo! ¡Viva Peluso! —chillaban divertidísimos mientras se balanceaban ora hacia la derecha, ora hacia la izquierda.

Y Peluso, arriba del todo, pensaba:

—Si lo llego a saber les enseño la cometa el domingo, que no hizo viento. ¡Menudos tirones me están dando!

Y era verdad, tirones y de los buenos. Sobre todo cuando Don Ron empezó a cantar el vals de las olas menenando los pies al compás, y al poco todos los batautos eran una ola colgante que iba y venía.

—¡Qué se bajen los de abajo, que pesan mucho! —chilló Erito furioso. Pero en vez de eso lo que pasó es que Gusi, que iba el último, se cayó, pero luego corrió tras la ola de batautos, y se volvió a reenganchar, y desde entonces, cuando la ola iba por la derecha, Gusi se caía, y cuando iba por la izquierda, se volvía a reenganchar de un salto, dando unos tirones tremendos.



Peluso estaba preocupado.

—A ver si me van a dar de sí las piernas, y luego me van a estar cortos todos mis pantalones —pensaba.

Pero en esto Don Ron dejó de cantar, y en vista de eso Gusi no se reenganchó, y los demás batautos empezaron a bajarse y pronto sólo quedaba Peluso colgado de la cometa.

—¡Peluso, baja ya! —dijo Buu.

Pero Peluso no quería, porque le daba miedo tirarse, y además porque no quería soltar la cometa.

Y en esto llegó el viento del sur, y Peluso empezó a danzar por los aires de una manera disparatada: Igual se ponía bocabajo, que bocarriba, que daba vueltas en redondo.

—¡Twist again! —empezó a cantar Don Ron desde abajo. Y Peluso, venga a menearse al compás.

Los batautos estaban admirados. En su vida habían presenciado un espectáculo acrobático tan perfecto. Solamente Buu no las tenía todas consigo, y de vez en cuando decía:

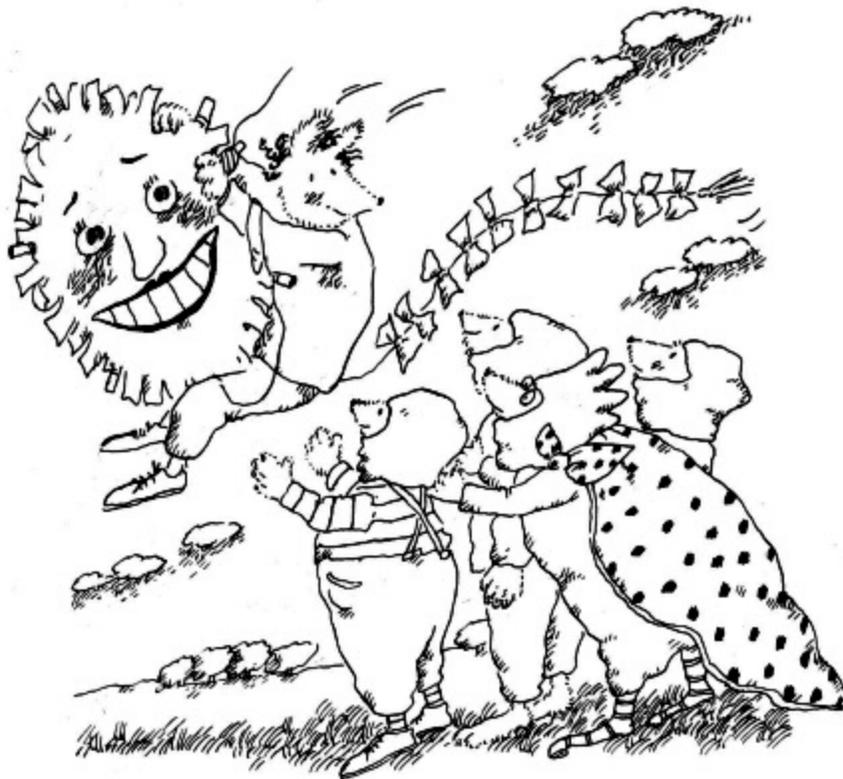
—¡Huy, huy, huy!

Y en esto el viento cambió: Empezó a soplar del oeste y Peluso desapareció.

—Aquí hay trampa —dijo Erito—. Seguro que hay trampa. Peluso se ha escondido, y Buu lo sabe.

—¿Dónde está? ¿Dónde está? —preguntaban todos a Buu, que sólo decía:

—¡Huy, huy, huy!



Y en esto el viento vino del este, y Peluso apareció. Mejor dicho, primero apareció la cometa, y detrás venía Peluso. Luego se dieron la vuelta, y primero iba Peluso y luego la cometa, y después de dos o tres cambios más Peluso se posó en tierra con gran elegancia.

Una salva de aplausos acogió esta última actuación. Hasta Erito se acercó a felicitar a Peluso, que con mucha calma enroscaba el hilo de su cometa.

—Enhorabuena, Peluso —le decían.

—Sí, he tenido mucha suerte —contestaba Peloso—, bien creí que me desnucaba.

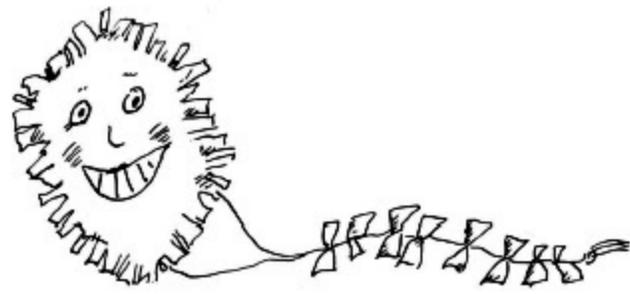
Una vez solos, mientras caminaban hacia sus casas, Buu preguntó a Peluso:

—Peluso, ¿cómo te las arreglaste para hacer tantas cosas bonitas?

Y Peluso, en cuyos oídos todavía resonaban los aplausos, dijo con ojos soñadores:

—La respuesta está volando en el viento, Buu, volando en el viento.

Pero por más que Buu miraba al viento no veía ninguna respuesta. Sólo vio la bufanda de Peluso que jugaba a ser mariposa.



Regalos para Peluso



—Tuz, tuz, tuz —dijo Peluso aquella mañana cuando al ponerse los calcetines vio que estaban rotos—. Tuz, tuz, tuz —repitió cuando al ponerse otro par vio que también estaban rotos.

¡Eso sí que era mala pata! Tener dos pares de calcetines y los dos rotos. ¡Con lo poco que le gustaba coser a Peluso!

—Es que me pincho —se decía—, siempre que coso me pincho.

Y entonces Peluso se puso las zapatillas, y empezó a pensar, y luego cogió un lápiz, y escribió: «Quien encuentre este papel tiene que llevar a Peluso dos pares de calcetines». Y abriendo la ventana lo tiró.

—Tuz, tuz, tuz —dijo Peluso sacudiéndose las manos muy contento.

Y entonces fue cuando se le ocurrió que tampoco estaría mal que le trajeran una caja de bombones.

—¡Y flores! ¡Y caramelos! —se dijo Peluso.

Y sin pensarlo dos veces, cogió la pluma, escribió más papeles, y los tiró por la ventana.

Y en esto llegó el viento, y los papeles se pusieron en movimiento.

—¡Mariposas blancas! ¡Mariposas blancas! —gritó Buu al verlos.

Entonces un papel se cayó. Buu se acercó y vio que no era una mariposa, sino un papel escrito por Peluso.

—¡Atiza! —dijo Buu al leerlo.

Los demás papeles seguían su camino por los aires.

—¿Qué serán esos bichos? —se dijo Erito mirando hacia arriba—. No me hacen ninguna gracia. Seguro que pican.

Y en esto uno se le cayó en plenas narices, y le dio un susto tremendo.

—Bah, ¡si es un papel! —dijo Erito de muy mal humor, y lo rompió.

Y entonces le dio mucha rabia, porque pensaba:

—Y ¿ahora cómo averiguo lo que pone?

Y muy enfadado entró en su casa, y volvió a unirlo cachito a cachito.

—No me da la gana. Yo no llevo nada a Peluso, ¡ea! —dijo cuando hubo leído. Pero en esto se le ocurrió una idea.

Y mientras, Don Ron, que estaba regando las flores de su balcón, se extrañó mucho al ver que había salido una hoja blanca con motitas azules. Pero más se extrañó cuando se acercó y vio que las motitas azules eran letras que ponían: «Quien encuentre este papel tiene que llevar a Peluso dos pares de calcetines».

—¿Qué papel? —dijo Don Ron.

Y mientras, Gusi, allá en lo hondo de una zanja, dentro de la cual se había caído, también encontró un papel de Peluso.

Y mientras, Peluso, allá en su casa, no hacía otra cosa que mirar por la ventana impaciente, para ver si alguien se acercaba. Por fin vio a Buu que venía con un paquete en la mano.

—¡Zambombas y panderetas! —dijo Peluso—, corriendo a abrir la puerta.

—Toma, Peluso —dijo Buu.

¡Era una caja de bombones!

—¡Zambombas y panderetas! —volvió a decir Peluso—, pasa, Buu. Todavía espero más cosas.

Me van a traer calcetines, y flores, y caramelos.

—¿De verdad? —dijo Buu—. ¡Qué emocionante!

Peluso y Buu se colocaron al lado de la ventana a esperar mientras comían bombones. Peluso se impacientaba.

—¡No llegan, no llegan! —decía.

Pero sí llegaban. Por ahí venía Gusi cargado con un ramo de flores.

—¡Zambombas y panderetas! —dijo Peluso saliendo disparado hacia la puerta.

—¡Pobre Gusi! —pensó Buu—. ¡La de veces que se habrá caído para coger tanta flor!

Pero Gusi estaba muy contento, y decía a Peluso que en el ramo había flores de todos los colores. Y Peluso también estaba muy contento preparando jarrones con agua, y en esto...

—Pon, pon, pon —sonó—. ¿Es que no hay nadie en esta casa?

—¡Sí! —chilló Peluso saliendo a todo correr—. ¿Qué me traes?

—Una carta —dijo Erito.

—¿Una carta? ¡Si yo no he pedido ninguna carta!

—Pues yo te traigo una carta —aseguró Erito.

Peluso la abrió, y esa sonrisa que revoloteaba por sus labios desde que comió el primer bombón, desapareció como por encanto. En la carta decía: «Quien reciba esta carta tendrá que ir todas las mañanas a casa de Erito a calentarle la leche para el desayuno».

—¡Yo no juego! —dijo Peluso.

—Pues si no juegas me marchó con los caramelos.

—¡No, espera! —dijo Peluso—. ¿Qué caramelos?

—Estos —dijo Erito enseñándoselos.

—Uuuuuh, el paquete está por la mitad —comentó Peluso.

—Bueno, si te parecen pocos me marchó con ellos —dijo Erito.

Pero Peluso pensó que entonces todavía le iban a quedar menos, y de un tirón le quitó el paquete. Y entonces, muy amablemente, le dijo que si tenía prisa ya se podía marchar.

—Acuérdate de la carta —dijo Erito.

—Bla, ble, bli —dijo Peluso, que tenía la boca llena de caramelos.

Y en esto apareció Don Ron.

—¡Peluso querido! —dijo—, perdona mi retraso, pero en cuanto me di cuenta que la hoja era el papel me puse a tricotar a toda velocidad, y, bueno, aquí tienes tus calcetines.

Y metiéndose la mano en el bolsillo, Don Ron empezó a tirar, y a tirar, y a tirar. Y un calcetín

empezó a salir, y a salir, y a salir, y no acababa nunca de salir, hasta que por fin apareció el talón, y luego la punta, y entonces acabó.

—¿Qué es eso? —preguntó Gusi.

—Ja, ja, ja. Calcetín para cigüeñas —dijo Erito.

—No, son para Peluso —corrigió Don Ron.

Pero Peluso no decía nada. Estaba fascinado mirando el bolsillo de Don Ron, del cual había empezado a salir otro calcetín, y salía, y seguía saliendo.

—¡Hay que ver, qué deprisa tricota Don Ron! —dijo Buu.



Don Ron se puso muy orgulloso.

—Sí, hay que reconocer que me doy buena maña —dijo.

Entonces un denso silencio invadió la habitación, mientras del bolsillo de Don Ron salía calcetín, y calcetín. Al final todos acabaron en fila, tirando de calcetín hasta que hubieron salido los dos pares.

—Bueno, Peluso, pruébatelos —dijo Don Ron.

—Eso, pónelos, Peluso.

Y otra vez el silencio invadió la habitación mientras Peluso se ponía, y se ponía y se ponía un calcetín. Y luego lo mismo, sólo que en el otro pie.

—Te están perfectamente. Seguro que este invierno no te enfrías.

—Adiós, Peluso, querido súbdito —dijo Don Ron.

—Nosotros también nos vamos —dijeron los demás.

Pero antes de irse Erito gritó:

—Acuérdate de la carta.

Y desde entonces todas las mañanas, Peluso se ponía, y se ponía, un calcetín, y luego lo mismo, sólo que en el otro pie, y luego iba a calentar la leche a casa de Erito para el desayuno.

Y así hasta primavera, en que dejó de ponerse los calcetines, y Erito le perdonó y le dijo que no fuera más.

Reunion primaveral



¡Ya era primavera!

—Es lo que suele pasar después del invierno —dijo Peluso— y luego empieza a ser verano, y entonces llega el mes de agosto, pero luego viene el de septiembre, y empieza el otoño.

—¡No me digas! —dijo Buu, que le escuchaba muy interesado.

Los batautos había decidido reunirse en la explanada el domingo por la mañana, y dar unas cuantas vueltas al corro de la patata para celebrar la llegada de la primavera.

Peluso se levantó temprano ese día, se asomó a la ventana, y, ¡oh alegría!, en su jardín acababan de nacer las dos primeras flores.

Peluso bajó corriendo a verlas. ¡Qué extraordinario! Eran dos flores idénticas. Sí, la de la derecha era igual a la de la izquierda, pero lo que más chocó a Peluso fue que la de la izquierda también era igual a la de la derecha.

—¡Qué casualidad! —se dijo— y menos mal que las flores no andan, porque si la de la derecha se fuera a la izquierda, y la de la izquierda a la derecha, ¿cómo lo iba yo a saber, eh? ¿Cómo iba a saber que la de la derecha era la de la izquierda, y la de la izquierda la de la derecha?

Y Peluso, hecho un lío, empezó a pensar en cuál era su mano derecha, y cuál la izquierda, y al ver que resolvía el problema sin dificultad, suspiró hondo, y un aire lleno de aromas penetró en sus pulmones, y le puso tan contento que corrió a su casa para arreglarse y empezar a disfrutar del nuevo día.

Después de frotarse mucho con agua y jabón, se puso su traje de las grandes ocasiones (uno flamante de marinero), luego se dio mucho fijador en el pelo y bajó al jardín.

Ahí encontró a Buu, que venía a recogerle para ir juntos a la explanada. El pobre Buu se quedó muy parado al ver a Peluso tan elegante, y se sintió en un gran estado de inferioridad, pues al ir a ponerse su traje de las grandes ocasiones (uno de terciopelo azul) se dio cuenta que tenía la chaqueta toda manchada de chocolate, y tuvo que ponerse una camiseta de algodón.

Peluso estaba tan lavado, tan peinado, tan planchado, tan reluciente, que Buu empezó a dudar si era el sol el que alumbraba a Peluso, o Peluso el que alumbraba al sol, pero en esto una pequeña nube blanca tapó al sol, y Peluso se quedó a oscuras.

—¡Ah, ah! —dijo Buu comprendiendo.

—¿Qué dices? —preguntó Peluso.

—Aaaaa, aaaa, aaaa —siguió diciendo Buu haciendo que cantaba, pues no quería confesar sus dudas.

Y entonces Peluso se animó, hinchó sus pulmones y se puso a cantar:

—*¡Oh dulce primavera!*

¡Oh pétalos perfumados!

¡Oh pimpollos colorados!

¡Oh chorreosas regaderas!

—Oh, oh —coreaba Buu.

—¿Qué dices? —volvió a preguntar Peluso.

Y Buu volvió a sentirse en cierto estado de inferioridad, pues su voz no era tan potente como la de Peluso.

—Sólo decía oh, oh —dijo Buu azarado.

Pero Peluso no le dio importancia.

—¿Has visto mis flores? —preguntó. Y se las enseñó.

Buu dijo que eran muy bonitas, y que la una era una margarita, y que la otra también.

—¿Qué casualidad! —dijo Peluso por segunda vez aquella mañana—. Todo lo que le pasa a una le pasa a la otra—. Y luego añadió: —Oye, ¿no irás a la explanada con esa camiseta?

Buu se azaró muchísimo.

—Es que la chaqueta estaba manchada de chocolate —se disculpó.

—Tuz, tuz, tuz —dijo Peluso mirando a Buu con aire paternal—. Ven —añadió.

Peluso llevó a Buu a su cuarto y abrió el armario. Entonces sacó un jersey bonitísimo (Peluso era un elegante) y se lo empezó a meter a Buu por la cabeza. ¡Qué trabajo costaba! Verdaderamente Buu era más gordo que Peluso, pero por fin quedó ajustado al cuerpo de Buu, que estaba muy colorado por los estirones que había dado Peluso, y cuyos brazos estaban en cruz, porque las mangas le estaban tan estrechas que no los podía bajar.

—Ya está —dijo Peluso.

Y los dos se dirigieron a la explanada.

Buu iba algo incómodo con los brazos siempre en cruz, pero en cuanto llegaron a la explanada, un batauto le agarró de una mano, y otro de la otra, y todos empezaron a dar vueltas jugando al corro.

Lo malo fue cuando le tocó a Buu quedarse en el medio. El pobre Buu empezó a dar vueltas él solo, como lo hacen las hélices de un avión, pues pensó que así todo el mundo creería que si tenía los brazos en cruz era a propósito.



Por fin el juego acabó, y Buu llegó a su casa todo sofocado, porque el jersey tan ajustado le daba mucho calor, y tuvo que entrar de costadillo, porque con los brazos en cruz no podía entrar de frente.

—¡Uf! —dijo Buu intentando quitárselo.

Pero ¡ay!, con sus brazos siempre en cruz no era capaz de hacer nada. Buu empezó a preocuparse en serio, suspiró hondísimo, y entonces todo se solucionó: El jersey se rasgó en dos, y Buu se quedó en cueros.

—¡Ay, menos mal! —dijo Buu corriendo a ponerse su comfortable camiseta de todos los días.

Y aquella noche Buu, muy preocupado, fue a casa de Peluso con un paquete debajo del brazo.

—Peluso —dijo—, yo no sé lo que pasó, el caso es que suspiré y el jersey se rompió.

—Bah —dijo Peluso mirando el jersey—. No tiene importancia. Si lo cohes todavía puede servir. Mira, estoy pensando que te lo voy a regalar. A ti te sentaba muy bien.

Y así fue como Buu se volvió con el jersey roto a su casa, y lo primero que hizo fue quitarle las mangas, luego lo dejó de chaleco abierto por delante, y muchas veces cuando iba a ver a Peluso se lo ponía.



Por el camino de los pinos



Cierta mañana Peluso se despertó muy alegre y con grandes ganas de correr y brincar. Así que se levantó de un salto enorme y se cayó.

Pero a Peluso no le importó y para demostrarlo dio tres saltos más y dijo:

—Me voy a dar el paseo más largo que batauto alguno haya dado en su vida.

Y sin pensarlo más, el atolondrado de Peluso salió de su casa. Tomó el camino de los pinos y empezó a andar. Pero apenas había llegado al pino n.º 3 cuando se dio cuenta:

—¡Zambombas! ¡Si voy descalzo! —Así que dio la vuelta y corrió a su casa a calzarse.

Ya había salido otra vez, con unas botas a la última moda que él mismo se había hecho, e iba por el pino número dos, cuando se acordó con horror:

—¡Pero qué descuidado soy! ¡Si no he desayunado!

Así que volvió a su casa y para compensar el descuido se tomó tres zumos de naranja, tres tostadas con mantequilla y mermelada y tres tazas de chocolate muy espeso. Después de eso, se sintió tan requetecontento que dio un salto tremendo y se pegó contra el techo. Pero no le importó, y salió otra vez, dispuesto a recorrer millas y millas, kilómetros y kilómetros, pinos y pinos.

Sin embargo, apenas había dado unos pasos, cuando se dio cuenta que estaba en pijama. Peluso no sabía qué hacer, si seguir el camino con esa indumentaria, o ir a su casa a cambiarse. Así que se sentó debajo del pino número 1 para pensarlo bien, y al final decidió que lo mejor era volver, porque así, de paso, podría desayunar otra vez.

Mientras, los demás batautos también se habían despertado y ¡qué casualidad!, todos con grandes ganas de pasear y todos se habían dirigido al camino de los pinos. Así que cuando Peluso llegó otra vez, ya había muchos batautos paseándose por ahí.

Pero Peluso, que no lo sabía, empezó a andar tan campante cantando: —Porrom, porrom, porrom— cuando echaba el pie derecho. Y —parram, parram, parram, cuando echaba el izquierdo.

Y así, andando, andando, llegó al pino número 30 y Peluso iba contentísimo, porque pensaba:

—Apuesto a que nadie ha llegado tan lejos, apuesto a que me he dado el paseo más largo que batauto alguno haya dado en su vida.

—Parram, parram, parram, porrom, porrom, porrom —cantaba sin cesar.

Y en esto, alguien le contestó:

—Porrom, porrom, porrom.

Peluso se llevó un susto enorme y miró a todas partes. ¿Quién podía haber ahí, pasado ya el pino 32? Nadie, Peluso no veía a nadie.

—He debido de oír mal —se dijo. Y volvió a cantar.

—Porrom, porrom, porrom.

—Porrom, porrom, porrom —le contestaron.

—Pirrim, pirrim, pirrim —dijo entonces Peluso a ver qué pasaba.

—Pirrim, pirrim, pirrim —se oyó a continuación.

Y Peluso, que sabía mucho, sonrió satisfecho.

—Es el eco —pensó. Y gritando muchísimo dijo:

—Peluso es un gran batauto.

—¡Mentira pocha! —le contestaron más fuerte todavía.

Peluso a pocas no se desmaya.

—¿Quién eres? —preguntó temblando de miedo.

—¿Y a ti qué te importa? —le contestaron.

Peluso se tranquilizó.

—Es Erito —pensó.

Y siguiendo andando, sólo que ahora cantaba muy bajito para que Erito no pudiera oírle.

—¡Hala y que se chinche! —pensaba.

Peluso iba muy deprisa, porque quería dejar atrás a Erito y cuando ya iba por el pino cincuenta se dijo:

—Seguro que ese tonto ya se ha cansado y ha vuelto a su casa. —E hinchando sus pulmones trinó alegremente:

—Porrom, porrom, porrom.

—Porrom, porrom, porrom —le contestaron.

—¡Caramba! —pensó Peluso mientras miraba otra vez a todos lados—. ¿Pero dónde estará?

Y con mucho cuidado empezó a dar vueltas y vueltas alrededor del pino 50, para ver si Erito estaba escondido por adelante o por detrás, y luego siguió dando vueltas alrededor del pino 51, porque nunca se sabe y a lo mejor estaba ahí. Luego trepó para mirar entre las ramas, pero nada. Allí no había nadie.

—Se ha marchado —se dijo Peluso—. Esta vez se ha marchado—. Pirrim, pirrim, pirrim—, cantó.

El silencio fue la respuesta.

—¡Hurra! —exclamó Peluso—. Erito se ha vuelto a su casa y yo voy a dar el paseo más largo que batauto alguno haya dado en su vida.

Siguió andando, alegrísimo, saltando de vez en cuando y siempre cantando:

—Parram, parram, parram. Porrom, porrom, porrom.

Y cuando llegó al pino número 100, un coro de voces le contestó.

—Parram, parram, parram. Porrom, porrom, porrom.

Peluso corrió a mirar detrás del pino y, ¡ahí estaban todos sus amigos! ¡Ah! ¡Hasta Don Ron!

—¡Hola, Peluso! ¡Te estábamos esperando! Erito nos dijo que venías —chilló Buu.

—Pero he ganado —gritó Erito—. He llegado antes que tú.

Peluso estaba medio mareado ante tanto acontecimiento, y en esto, ¡cataplún! No se sabe desde dónde, Gusi se cayó encima y le tiró al suelo, y Peluso aprovechó para quedarse tumbado un

poquito, con las manos en el pecho y los ojos en blanco.

—Peluso, ¿te has desmayado? —preguntó Buu.

—No sé —contestó Peluso—, creo que sí.

—Pues hay que tirarle agua —aseguró Erito.

Pero entonces volvió a aparecer en los ojos de Peluso ese puntito negro que nosotros llamamos niña, y que los batautos llaman moza, y que sirve para ver, y Peluso se levantó completamente recuperado.

Miró a todos astutamente y se escapó corriendo.

—¿Dónde vas? —preguntó Buu.

Pero Peluso no contestó. Llegó hasta el pino ciento uno y volvió muy alegre. ¡Había conseguido su propósito! Había dado el paseo más largo que los otros batautos, que estaban ahí, debajo del pino cien, tan campantes.

—¡Qué grande soy! —pensó.

Sin embargo no quiso darse importancia y se sentó con los otros sonriendo para sus adentros, y todos estuvieron un rato cantando lo de «porrom, porrom, porrom» y «parram, parram, parram».

Luego decidieron que ya era hora de volver y se levantaron, menos Don Ron, que seguía sentado.

—Don Ron, que ya es la hora de comer. Tenemos que volver —le decían sus súbditos.

Pero Don Ron sólo contestaba:

—Tururú, tururú, que te vu.

—Dice que eres tú y que te vio —tradujo Peluso.

—Ja, ja, ja. Lo que quiere decir ese loco es que está cansado y no se quiere mover —dijo entonces Erito.

Peluso le miró enfadado, y se iba a poner a discutir, cuando Buu preguntó:

—¿Y le vamos a dejar solo?

—No —aseguró Peluso olvidándose que tenía que discutir con Erito—. Hay que llevarle.

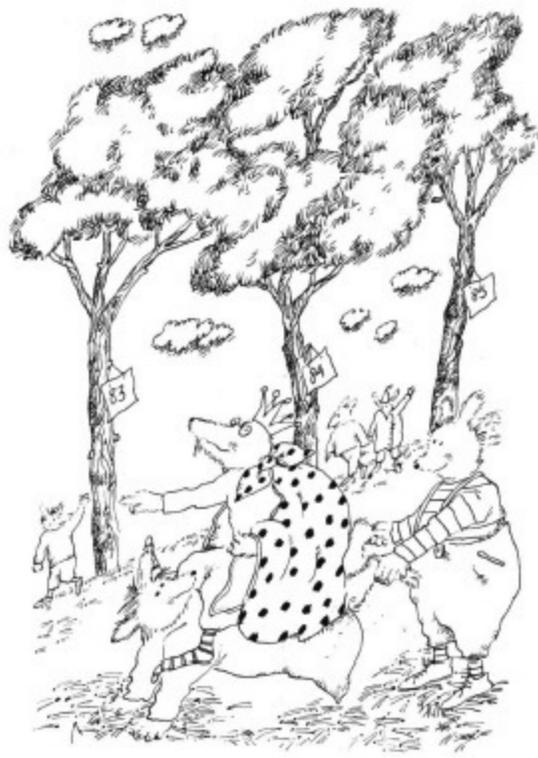
El problema era cómo. Fue Buu quien tuvo la idea.

—¿Y si uno de nosotros hace de carretilla y le montamos encima?

—¡Yo, yo hago de carretilla! —gritó Gusi entusiasmado.

Y se puso a andar con las manos mientras Buu le sujetaba los pies y Peluso montaba a Don Ron encima.

—Pues a mí también me gustaría ser carretilla —gruñó Erito—. No hay derecho. Cuando lleguemos al pino 75 cambiamos.



—Y yo me pido ser carretilla a partir del pino 50 —gritó Buu.

—Y al llegar al 25 lo seré yo —dijo Peluso muy contento, pues ya estaba deseando andar con las manos.

Y así hicieron el viaje de vuelta, la mar de divertidos y siempre cantando lo de «parram, parram, parram» y «porrom, porrom, porrom».

Falta de vitaminas



Un día, Peluso y Buu decidieron ir a ver a Don Ron y le encontraron muy triste con un pañuelo negro en la cabeza.

—¿Qué le pasa? —preguntó Peluso.

—Pues resulta que, ¡ay, ay, ay! —dijo Don Ron—. ¡Qué pena! Porque... Pero bueno, eso sería lo de menos. Lo gordo es que... ¡Huy! ¡No lo quiero ni pensar! —Y dicho esto, Don Ron se quedó sumido en la más honda melancolía.

Buu miró a Peluso con ojos interrogantes, para que le explicara lo que pasaba, pero Peluso se hizo el distraído, y empezó a mirar al techo. Buu, entonces, le dio un codazo y le dijo:



—Peluso, ¿qué le pasa a Don Ron?

—Que tiene falta de vitaminas —aseguró de repente Peluso.

—¡Uf! —dijo Don Ron.

Buu volvió a mirar a Peluso con ojos interrogantes.

—Uf —dijo Peluso—. Uf, uf, uf, uf —siguió diciendo, pues pensaba que mientras dijera eso no tendría que decir otra cosa. Pero se equivocaba.

—Peluso, Peluso —decía Buu.

—Uf, uf, uf —contestaba sin hacerle caso.

Y Buu le dio un pisotón.

—¡Ay! —dijo Peluso.

—¿Qué son vitaminas? —preguntó Buu.

—«Uf» —iba a contestar Peluso. Pero viendo a Buu, que levantaba el pie para darle un segundo pisotón, cambió de opinión y dijo:

—Pues vitaminas son la vitamina P, y la vitamina T. —Y corrió a alejarse de Buu por si las moscas. Y, de repente, se encontró al lado de Don Ron, y, entonces, con su habitual diplomacia, le tendió la mano y le dijo:

—¿Cómo está usted?

—Mal —contestó Don Ron—. Boca arriba mal, pero boca abajo mucho peor.

—Falta de vitaminas —repitió Peluso—. Falta de vitaminas.

—Pues, Peluso —chilló Buu, que había corrido detrás y ya estaba a su lado—. Vamos a traerle vitaminas. ¿Y hay que ir muy lejos a por ellas?

—No —dijo Peluso. La vitamina P está en los pasteles, y la T en las tartas y en las tortas.

—Yo tengo un pastel de frambuesa —dijo Buu.

—¿Nada más? —preguntó Peluso.

—No, pero podría hacer otro.

—Mira, haz varios —dijo Peluso—, yo haré tartas y tortas, luego lo traemos aquí y merendamos los tres tan ricamente.

A Buu le pareció muy buena la idea, y los dos amigos, después de despedirse de Don Ron, y decirle que no se preocupara, que pronto se encontraría bien por lo menos boca arriba, se fueron a sus casas a cocinar.

Ya volvían cargados con pasteles, tartas y tortas cuando se encontraron con Erito.

—¿A dónde vais con eso? —les preguntó.

—A casa de Don Ron, porque le faltan vitaminas.

—A ese lo que le falta es un tornillo, es un caso clarísimo —dijo Erito—. Y a vosotros también, por hacerle caso.

—¡Huy! —dijo Buu.

—No te apures, Buu —dijo Peluso, que sabía mucho—. Lo del tornillo no tiene la menor importancia. A la mayoría de los seres humanos les faltan los dos y viven tan campantes, y hasta llegan a ministros.

—¿Y qué comen? —preguntó Buu por curiosidad.

Pero Peluso no le contestó.

—Lo que te pasa es que tienes envidia de ver la merienda que hemos preparado —le dijo a Erito.

—Tú también puedes venir —le animó Buu.

Peluso frunció el ceño.

—Bueno —consintió al fin—. Pero siempre que traigas algo con vitaminas.

—Bah, bah, bah —dijo Erito. Y echó a andar hacia otro lado.

Peluso y Buu llegaron a casa de Don Ron, y le pusieron delante los pasteles, las tartas y las tortas.

Y Don Ron miraba, y, ya iba a empezar a comer, cuando de repente dijo:

—¡Plaf! —y se hundió en la butaca.

—¿Qué le pasa ahora? —dijo Buu.

—Ha dicho que «plaf» —contestó Peluso.

—Y entonces la puerta se abrió y apareció Erito con una gran jarra.

—Aquí traigo chocolate verde con vitaminas de la A a la Z —dijo con mucha sorna, y empezó a llenar vasos.

—Pues no sabe a chocolate —dijo Buu, que fue el primero que lo probó.

—A ver —dijo Don Ron bebiendo un poco—, jarabe de menta —añadió.

Y se iba a hundir otra vez en la butaca, cuando de repente, cambió de opinión y se metió un pastel en la boca.

—¡Ya está salvado, ya está salvado! —decía Peluso muy contento poniéndose él también a merendar a dos carrillos.

Y efectivamente. Al poco rato Don Ron dio unos pasos de tango por la habitación, luego abrió la ventana, tiró el pañuelo negro que había tenido puesto en la cabeza, y dijo:

—¡Ay, qué bien me encuentro!

—Si no hay nada como las vitaminas —dijo Peluso—. Quiero decir la P y la T, claro, las otras no sirven.

—Yo me voy —dijo Erito enfadado.

Pero Don Ron cerró la puerta con llave, y Erito se quedó, y dijo que Peluso era tonto, y, de repente, cuando nadie se lo esperaba se adelantó hacia Don Ron y le dijo:

—*Había una vez un rey,
que tenía dos pies,
y además de caminar,
los usaba para pensar.*

—Tralalá, tralalá —contestó Don Ron haciéndole burla con el dedo gordo apoyado en la nariz—. Y también había una vez un batauto, que era muy bruto.

Y Erito, al oírlo, se volvió a enfadar, e iba a ponerse a patalear, pero entonces Peluso, siempre oportuno y dado a la poesía, se subió encima de una mesa y dijo:

—Yo conocía, una vez a alguien que tenía una cabeza y un brazo a la izquierda y otro a la derecha.

Una gran ovación acogió estas palabras, mientras Peluso se caía de la mesa arrastrando consigo un jarrón.

—Bueno queridos súbditos —dijo Don Ron—, como ya se está haciendo tarde abriré la puerta para que os vayáis a vuestras casas.

—Pues yo ahora no me voy —dijo Erito, que tenía muchas ganas de llevar la contraria.

—Pues si no se va Erito, yo tampoco —dijo Peluso sentándose en una butaca.

—¡Huy! —dijo Buu.

Pero Don Ron no les hizo ningún caso, y se marchó a bañar y a lavarse los dientes para meterse a la cama.

Y Buu se entretuvo comiendo las sobras de la merienda, hasta que en esto se abrió la puerta

y... ¡Oh horror! ¡Oh terror! ¡Oh pavor! Apareció Don Ron con una escoba en la mano, y escobazo por aquí, escobazo por allá, en medio segundo consiguió que sus tres súbditos salieran de su casa.



—¡Ay qué susto! —dijo Buu con el corazón palpitante.
—Pero Peluso salió antes que yo —gritó Erito.
—¡Mentira! —chilló Peluso, a quien por lo visto el jarabe de menta ponía nervioso.
—Ja, ja, ja —rió Erito alejándose.
—¡Mentira! —chillaba Peluso.
—Vamos, vamos, Peluso —dijo Buu empujándole—. Vámonos a casa.
Por fin echaron a andar, y el aire de la noche fue apaciguando a Peluso.



Cuando llegaron a casa de Buu, Peluso se despidió, y Buu, que había ido todo el rato pensativo,

le preguntó:

—¿Oye, Peluso?, ¿en quién pensabas cuando dijiste que conocías a alguien con una cabeza y un brazo a la derecha, y otro a la izquierda?

Pero Peluso le guiñó un ojo y solamente dijo:

—Adivina, adivina.

¡Zambombas y panderetas! ¿En quién sería?



Material secreto



Esa primavera las hierbas del prado habían crecido mucho. Tanto, tanto habían crecido, que si uno se tumbaba le tapaban, y nadie le podía ver. Era un sitio ideal para esconderse, y Buu lo descubrió enseguida.

—¡Vale! —gritaba Buu, bien tapado por la hierba, cuando jugaba con Peluso.

Y entonces Peluso se ponía a buscar, y a buscar, y a buscar, pero nunca le encontraba.

—¿Dónde estará? ¿Dónde estará? —decía Peluso una de esas veces paseándose por el prado.

Y en esto notó que algo le hacía cosquillas en los pies.

—¡Ay! —chilló Peluso echando a correr a toda prisa.

—Ja, ja, ja —rió Buu apareciendo por encima de la hierba, y descubriendo su escondite.

Peluso decidió tomar su revancha; por de pronto, la próxima vez era Buu el que se quedaba, y

Peluso pensaba irse a su casa a merendar, y dejar a Buu que buscara por todas partes.

Así que, en cuanto Buu se tapó los ojos, Peluso echó a correr, y en esto tropezó con algo que había debajo de la hierba.

Era una piedra vulgar y corriente, pero Peluso se quedó muy impresionado. Miró a la derecha, luego a la izquierda, y luego a la derecha otra vez, y como no vio a nadie sospechoso, se la metió en un bolsillo, dispuesto a no contar a nadie lo que había encontrado.

—Material secreto —se dijo Peluso, a quien lo que en realidad le pasaba era que acababa de leer un libro de espionaje.

Después de merendar opíparamente, y de guardar la piedra con llave en un cajón de su cocina, Peluso volvió al prado muy contento.

—A lo mejor, Buu todavía sigue con los ojos tapados —pensaba regocijado.

Pero ¡qué va! Buu se había cansado de tener los ojos tapados, y había empezado a buscar entre la hierba, y enseguida encontró a Gusi, que se había caído y estaba ahí tumbado. Buu convenció a Gusi que le tocaba quedarse a él, y los dos estaban divertidísimos jugando.



—Pero a mí no me habéis encontrado —dijo Peluso algo ofendido del poco caso que le habían hecho.

—¡Ah! ¿Sí? Pues cogido —dijo Buu—, abalanzándose sobre él.

Y Peluso se tuvo que quedar.

—Bueno —dijo Peluso para consolarse pensando en la piedra—, pero yo tengo un secreto y ellos no.

Luego estuvieron jugando al «corre que te doy un cachiporrón» y Peluso se divirtió mucho dando de cachiporrones a Buu, y Buu dándoselos a Peluso. En cambio Gusi no se llevó ninguno, porque en cuanto veía que alguien se acercaba, se caía, y el golpe fallaba... Al oscurecer, nuestros amigos se despidieron y se fueron cada cual a su casa.

Entonces fue cuando Peluso empezó a ponerse nervioso: ¿Qué es lo que iba a hacer con la piedra? Miró a la derecha, a la izquierda y a la derecha otra vez. ¡Estaba solo en la cocina! Así que abrió el cajón, sacó la piedra, y en esto se abrió la puerta y entró Buu.

—Glu, glu, glu —dijo Peluso para disimular, metiendo la piedra en el saco de lentejas.

—¡Pero, Peluso!, ¿qué haces? —preguntó Buu.

—¿Yo? Pelaba lentejas —dijo Peluso, que se había puesto muy nervioso.

—¡Pero si las lentejas no tienen cáscara!

—Sí que la tienen. Lo que pasa es que mucha gente no la ve, pero la tienen.

Buu se quedó muy callado.

—Las que desde luego sí tienen cáscara son las naranjas —dijo al fin.

—Y los cocos, y las nueces, y las lentejas, y cocidas se les nota más que crudas —contestó Peluso.

Buu se volvió a quedar callado. La verdad es que se empezaba a cansar de tanta cáscara. Y de repente se acordó que a lo que él venía era a por sal.

—Es que no tengo, y me he frito un huevo, y sin sal no sabe bien —explicó a Peluso.

Peluso le dio un salero.

—¿Le habrás quitado la cáscara? —le preguntó.

—¿A qué?

—Al huevo antes de freírlo.

¡Pero que manía había cogido Peluso con las cáscaras!

—¡Claro! —contestó Buu—. Y se marchó bastante amoscado, pues Peluso no solía comportarse así.

En cuanto Buu salió, Peluso respiró tranquilo. ¡Menudo susto había pasado!

Sacó la piedra del saco de lentejas, se la metió debajo del jersey, y salió a esconderla en algún sitio seguro.

—¿No me seguirán, no me seguirán? —decía Peluso mirando a todos lados, especialmente a la derecha y a la izquierda.

Y andando andando llegó al prado. Contó tres pasos hacia adelante, luego uno hacia atrás, y luego otros tres hacia adelante y dejó la piedra bien tapada por la hierba.

La vuelta fue muy agitada. Peluso no paraba de mirar a la derecha, a la izquierda, y de vez en cuando hacia adelante y hacia atrás, no fuera a ser que le siguieran. Sobre todo tenía miedo de que Buu anduviera espiándole, y se escondía detrás de un árbol al menor ruido.

Por fin llegó a casa y Peluso se frió otro huevo para cenar y se acostó satisfecho.

Pero ¡ay!, para Peluso había empezado una nueva vida llena de agitación.

A la mañana siguiente se despertó muy temprano, se fue al prado a buscar la piedra, pero resulta que no se acordaba si había dado tres pasos hacia adelante, y luego uno hacia atrás, o tres hacia atrás, uno hacia adelante y luego otro hacia atrás o... Bueno, Peluso estaba hecho un lío, y decidió ensayar de todas maneras. Y se puso a dar pasos para adelante, y para atrás, y en esto llegó Buu, y se le quedó mirando, y Peluso se puso nervioso, y para disimular hizo que bailaba, y entonces fue cuando chocó con algo.

—¡La piedra! —pensó Peluso. Y se paró en seco, pues no quería volver a perderla.

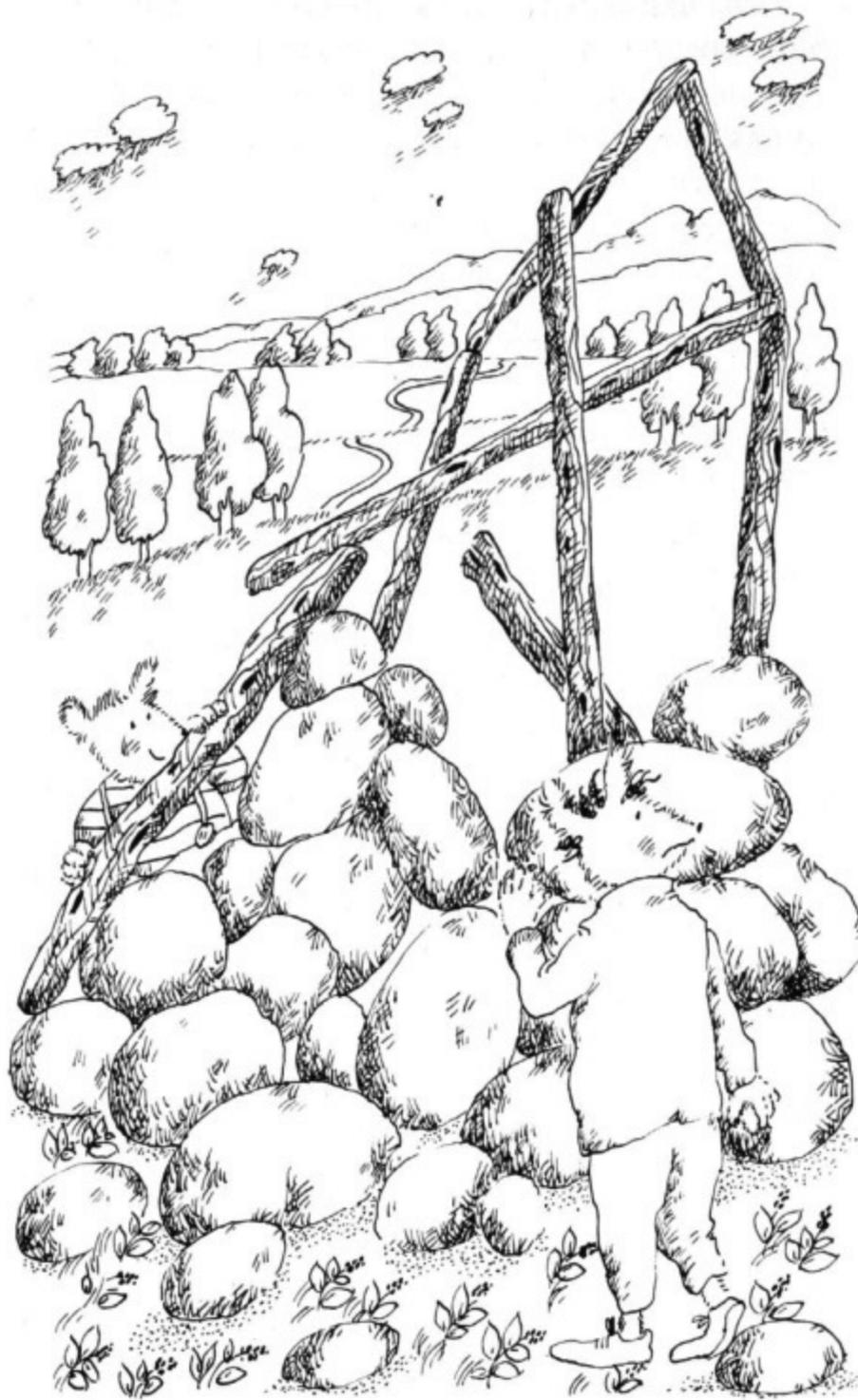
Buu le miraba asombrado.

—Pero, Peluso, si has dejado de bailar baja los brazos —sugirió.

—¡Sí, es verdad! —contestó Peluso bajándolos.

Buu se quedó mirando un rato, y Peluso estaba nerviosísimo; por fin Buu se cansó y se fue.

Peluso cogió la piedra. Estaba cansadísimo de tanto paseo de adelante a atrás y de bailar; sin embargo, decidió buscar otro escondite. Al otro lado del bosque existían todavía las ruinas de la casa antigua de Buu, y Peluso se dirigió hacia ahí, pero ¡ay!, entre el cansancio y los nervios Peluso se olvidó de mirar bien a la derecha, y a la izquierda, y Buu, a quien la última actuación de Peluso bailando en el prado le había acabado de convencer de que algo se traía entre manos, y que le estaba esperando detrás de un árbol, le siguió y le vio esconder la piedra entre las ruinas.



Y en cuanto Peluso se fue, Buu la cambió de sitio, luego corrió a su casa, cogió un paquete de pipas, y otro de cacahuetses, y se fue a esconder entre las ruinas para ver qué pasaba cuando Peluso llegara y no la encontrara.

Y pasó que Peluso, que llegó a media tarde, se puso nerviosísimo, y empezó a buscar por los alrededores.

—¡Caliente! —gritó Buu de repente desde su escondite.

Peluso se paró en seco. Ya no cabía la menor duda. ¡Alguien le espiaba!

Miró a la derecha y a la izquierda repetidas veces. ¡No había nadie!

—¡Frío! —gritó Buu, pues Peluso se estaba desviando.

Peluso de pocas no se muere del susto.

—Me están viendo, me están viendo —decía. Y como estaba muy nervioso corrió a esconderse entre dos piedras para que no le vieran más. Y entonces fue cuando, ¡cataplún!, se dio de narices con Buu.

Y Peluso, que era muy listo, enseguida comprendió todo.

—Si ya me lo temía yo. Desde ayer noche sabía que me espiabas.

—Pues no —dijo Buu—, sólo ha sido desde esta mañana.

Peluso se iba a poner a discutir, pero en cuanto vio los cacahuetes y las pipas, pensó que no valía la pena, y que además no era un material secreto de importancia, ya que él, y por si acaso pasaba lo que pasaba, se había guardado muy bien de escribir en ella ningún mensaje importante.

—¡Qué divertido ha sido! —dijo Buu, que se había reído mucho chillando frío y caliente.

Y Peluso se echó a reír.

—¿Sabes, Buu? Ayer te engañé, no estaba pelando lentejas.

—Ah, ¿no? —dijo Buu.

Peluso no contestó porque ya tenía la boca llena de cacahuetes, pero pensó:

—Este Buu es un inocente, le engaño en cuanto quiero.



La gran fiesta del agua dulce



Peluso, muy serio y afanoso, estaba leyendo un libro gordísimo. Debía de ser un libro muy interesante, de esos científicos a los que él era tan aficionado, pues ni siquiera levantó los ojos, cuando una estrella fugaz, que atravesaba el cielo, envió unas cuantas chispas contra su ventana.

De repente pareció que Peluso se iba a tragar el libro, luego se frotó los ojos, pues tenía miedo de haber visto mal, y volvió a leer, y lo que leyó fue esto: «El agua del mar es salada, pero en cambio, la que sale de los manantiales tierra adentro, es dulce».

—¡Zambombas y panderetas! —dijo Peluso.

Precisamente cerca de su casa había un manantial. Seguro que era de agua dulce. ¡Y pensar que hasta entonces había estado bebiendo la del grifo!

Y el aturdido de Peluso, loco de contento, cerró el libro de golpe, y se marchó corriendo a llenar todos sus barriles de agua dulce.

—Uno, dos, tres, cuatro, cinco. ¡Tengo cinco barriles de agua dulce! —exclamó Peluso una vez que éstos estuvieron de nuevo en su bodega.

Y entonces se acordó de Buu, y pensó llevarle un barril de regalo, pero luego pensó que no.

—Porque si se lo llevo tendré sólo cuatro barriles, en vez de cinco —se dijo con muy buen tino.

Pero entonces se volvió a acordar de Buu, y, como le quería mucho, pensó que bueno, que le llevaría uno.

Y cargado con el barril se dirigió a casa de Buu.

—Toma, Buu —le dijo—. Un barril de agua dulce.

—¡Pero, Peluso! ¿De dónde lo has sacado?

Y Peluso le contó su emocionante descubrimiento.

Y Buu estaba fascinado.

—¿Y dices que tú tienes cuatro barriles? Pues podías dar una fiesta.

—No, no puedo —dijo Peluso—, porque luego, a lo mejor, pues en vez de cuatro, sólo me quedan dos.

—¡Qué pena! —dijo Buu—. ¡Lo pasaríamos tan bien!

Y era tanta la ilusión de Buu por la fiesta, que a Peluso le empezó a remorder la conciencia, y dijo que bueno, que la daría, y se marchó a convidar a los demás.

Como hacía muy buen tiempo, Peluso decidió dar su fiesta en el jardín, y empezó a sacar todos los vasos que tenía, y luego sacó los barriles, y al poco rato empezaron a llegar los batautos.

Peluso hablaba con unos y otros, meneándose de aquí para allá con gran desenvoltura. Luego empezó a llenar vasos y vasos, y todos empezaron a beber, y un gran silencio se extendió por el jardín. Luego todos le miraron, y el silencio se hizo más denso aún.

El primero en romperlo fue Erito:

—Este agua no sabe a nada —dijo—. Ya lo dije yo, que eso de agua dulce era una tontería de Peluso.

Pero Don Ron tenía otra opinión:

—¡Está buenísima! Yo quiero más, yo quiero más —empezó a chillar mientras se servía vaso tras vaso—. ¡Es igual que la gaseosa sin burbujas!

Pero Peluso estaba nervioso, y llamó a Buu aparte.

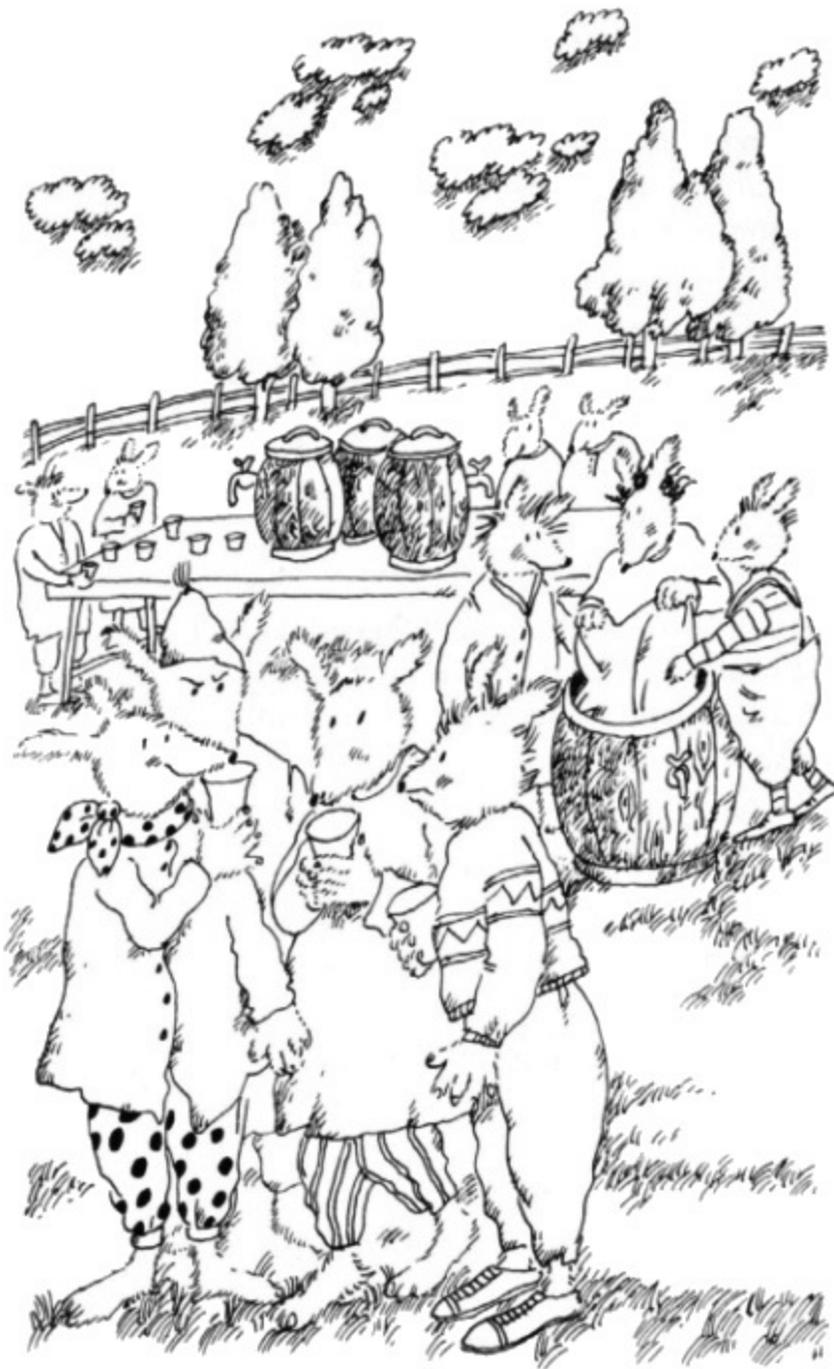
—Buu —le dijo—. ¿Tú has visto lo que está pasando? A mí me parece que el agua esta no es dulce.

—A mí también.

—Pero no es posible —decía Peluso consternado—. Los libros científicos no se equivocan nunca.

Y Buu, que quería ayudar a su amigo, pensó y dijo:

—Peluso, a lo mejor es que te has olvidado de echar azúcar. A la mayoría de las cosas para que estén dulces hay que echarlas azúcar.



—¡Zambombas, pues es verdad! —dijo Peluso—. ¡Qué descuido el mío! Vamos corriendo, Buu.

Y Peluso cogió un saco grandísimo de azúcar que tenía en su despensa, y, ayudado por Buu, empezó a echar puñados y más puñados en los barriles. Luego empezó a remover con una rama de abedul, y empezaron a servir vasos otra vez.

—¡Qué bueno está, qué bueno está! —decían todos.

Y Peluso se puso contentísimo, y volvió a hablar, y a moverse de aquí para allá con gran desenvoltura.

—Todo esto es una tontería —aseguró Erito—. Lo de coger agua del manantial es una tontería —pero el caso es que no paraba de servirse vasos y más vasos.

El único que ahora no bebía era Don Ron, porque se acababa de dar cuenta que se le había olvidado cuántos dedos tenía en los pies, y estaba muy preocupado.

—¿Serán cuatro, serán cinco o serán seis? —se decía.

Y quiso agacharse para contarlos, pero resultaba que no llegaba, porque a mitad de camino tropezaba con la barriga, que le había crecido mucho con tanto vaso de agua, y ya no se podía agachar más.

—Esto es que tengo los pies demasiado bajos —dijo Don Ron tumbándose en el suelo, y subiendo los pies por las paredes de la casa.

Pero resultaba que así tampoco llegaba, porque a mitad del camino se ponía la barriga por medio, y ya no podía subir más.

Y mientras Don Ron trataba de solucionar ese problema, Gusi se cayó dentro de uno de los barriles de agua dulce, y salió todo empapado.

Pero Peluso, que era un gran anfitrión, ya había previsto ese accidente, y tenía preparado un albornoz rojo en el que envolvieron a Gusi.

Mas resultó que el agua del barril donde se había caído Gusi era la que mejor sabía. Así que Gusi volvió a quitarse el albornoz, y, entre Peluso y Buu, le fueron metiendo en todos los barriles, y removieron bien, y los batautos decían que el agua estaba deliciosa, y no paraban de beber. Tanto bebieron que acabaron los cuatro barriles, pero a Peluso no le importó, porque estaba muy orgulloso del éxito de la fiesta.

—¿Sabes, Buu? —dijo Peluso a su amigo cuando creyó que los demás ya se habían ido—. Yo todavía hubiera seguido bebiendo agua. Estaba riquísima.

—Pues, Peluso, yo tengo un barril. ¡Te invito! —dijo Buu.

Y Peluso se fue contentísimo a casa de Buu a seguir bebiendo.

Prepararon el barril con bien de azúcar, luego, a falta de Gusi, metieron el albornoz rojo en el que había estado envuelto, y bebieron hasta saciarse.

Y cuando Peluso volvió a su casa se encontró con Don Ron, que en vez de irse, pues se había quedado sentado en un barril vacío, y, de repente, se coló para abajo. Don Ron se encontró sentado en el suelo del barril, y con los pies a la altura de la cabeza. Entonces, contentísimo, empezó a contarse los dedos, comenzando por el meñique del pie izquierdo, luego continuaba por los del derecho, y luego seguía con los del izquierdo otra vez.

Cuando Peluso le sacó del barril ya había contado hasta quinientos noventa y siete dedos.



Los cuadros



Durante más de media hora Buu había estado posando para hacerse un retrato.

—Tuz, tuz, tuz —decía Peluso mojando el pincel unas veces en azul, otras en verde, y otras en rojo—. Está quedando precioso.

Por fin terminó, y Buu corrió a mirar el cuadro. Lo que Peluso había pintado era lo más hermoso que se había visto en el mundo. Dependiendo de cómo se mirara se podía ver un árbol de navidad cargado de regalos, o también un ramo de rosas, y además bombones, y además globos, y además patos y camellos.

—Desde luego es un cuadro de mucho mérito.

—¿Pero dónde estoy yo? —preguntó Buu.

—Pues ahora estás en mi casa —dijo Peluso—, luego no sé dónde irás.

«Este Buu tiene unas cosas», pensó.

Y Buu, que se había pasado media hora posando, y además se había puesto corbata para hacerse el retrato, se quedó algo chafado.

—Es que yo me creía que iba a salir en el cuadro.

Peluso empezó a ver el problema. Lo que le pasaba a Buu, era que no comprendía las cosas, y además que era un presumido, y con mucha paciencia le empezó a explicar que lo verde era la cara, y lo rojo la corbata.

—Y esto —dijo Peluso señalando dos puntos extraños que Buu había confundido con camellos— son los ojos, y lo blanco los dientes...

Bueno, eso ya era otra cosa. Resultaba que el cuadro era una cabeza de batauto saliendo de una enorme corbata. ¿Era ese Buu? Peluso decía que sí, y Buu se lo debió de creer, porque se puso muy contento, y dijo que lo iba a colgar en el salón de su casa.

—Ahora píntame tú a mí —dijo Peluso.

Y Buu cogió los pinceles, y se puso a pintar a Peluso con mucha aplicación. Y mientras, Peluso comía manzanas, y silbaba, y no se estaba quieto.

Y a Buu le costó mucho trabajo hacer el cuadro.

—Ya está —dijo al fin.



Peluso lo miró y dijo sin vacilar.

—Es un cocodrilo.

—No, eres tú —dijo Buu.

Peluso se enfadó.

—Eso lo dices porque no sabes cómo son los cocodrilos.

—¿Son muy feos? —preguntó Buu.

Y Peluso se volvió a enfadar, y dijo a Buu que no sabía pintar.

Y Buu suspiró y le empezó a explicar que esa cara no era de un cocodrilo sino de Peluso, y que esos dientes también eran de Peluso, y las orejas, y los ojos, y, de repente, el cocodrilo desapareció y Peluso vio a Peluso dentro del cuadro.

—¿Eh? ¿Soy yo? ¿Soy yo? —decía Peluso acercándose mucho.

Y para estar bien seguro corrió a por un espejo, y empezó a mirar al cuadro, y luego al espejo, y luego al espejo otra vez, y luego al cuadro.

—Sí soy yo —dijo al fin—, sólo que en el cuadro estoy mirando al frente, y en el espejo estoy mirando a la derecha.

Buu ya se había marchado a colgar el cuadro de Buu en el salón, y Peluso empezó a buscar un sitio de honor para colgar el de Peluso. Y cuando lo encontró lo colgó.

—Tuz, tuz, tuz —dijo Peluso retirándose un poco de la pared para ver el efecto.

Y quedó tan satisfecho que dio una voltereta en el aire, y rompió el cristal de una ventana.

Mas Peluso no se preocupó nada por el incidente, porque no hacía frío, y después de comer se marchó a coger moras tan campante.

Peluso se divirtió mucho, porque, como no era la época, no encontró ninguna mora, y, en vista de eso, se puso a jugar a las chapas: Peluso contra Peluso, y resultaba que siempre ganaba Peluso, que era lo que Peluso quería.

Pero ¡ay!, mientras tanto el charlatán de Buu, sentado en la gran explanada del bosque, estaba explicando a unos cuantos batautos todo lo que había pasado esa mañana.

—Y entonces fue él y dijo «Es un cocodrilo», y yo le dije «No, no, Peluso, eres tú» —explicaba Buu.

—¿Qué es un cocodrilo? —preguntó uno.

—Debe de ser algo que se parece a Peluso —contestó Erito.

—No, los cocodrilos se parecen a las ballenas —dijo Don Ron.

—Entonces Peluso también se parece a las ballenas.

—Bueno, pues luego Peluso se dio cuenta que era él —continuó Buu.

—¿El qué? ¿La ballena? —preguntó Gusi.

—No, el cocodrilo.

—¿Pero tú qué pintaste?

—Buu pintó una ballena —explicó un batauto—, y Peluso se creyó que era él.

—No, yo no pinté un cocodrilo, digo a Peluso.

—Pues yo creo que Peluso de lo que tiene cara es de pez espada.

—Vamos a ver el cuadro —dijeron los batautos.

Pero Buu no fue con ellos porque no tenía ganas de jaleos.

Y cuando el pobre Peluso, cansadísimo después de haber ganado dieciséis partidas de chapas, llegó a su casa y se acomodó en una butaca para descansar, empezaron a llegar batautos preguntando que dónde estaba el cuadro de la ballena, aunque también había quien preguntaba por el del cocodrilo, y algún despistado dijo pez espada.

Y Peluso se puso furioso, y les llamó orangutanes y rinocerontes, en vista de lo cual los batautos se iban marchando, pero en esto, uno vio el cuadro y le dijo a Peluso que estaba muy guapo.

Y Peluso, por si acaso le estaba tomando el pelo, le llamó perro chato, y el batauto se puso contentísimo, pues sabía que chato era algo cariñoso de llamar a otro.

Cuando todos se hubieron ido, apareció Don Ron, que era el único que había comprendido toda la historia. Vio el cuadro de Peluso colgado en la pared, se acercó a él y le preguntó:

—Peluso, ¿es verdad que Buu te ha hecho un retrato?

—Sí —contestó Peluso desde detrás de la butaca.

—Me parece muy bien —dijo Don Ron dándose la vuelta y tropezando con Peluso.

—¡Ay, usted perdone! —dijo con muy buena educación—. ¡Zambombas, es usted idéntico a Peluso!

Y Don Ron se marchó.

Peluso también se marchó a regañar a Buu por cotilla, y por contar mal las cosas.

Era ya tarde y el sol se había ocultado cuando Peluso llegó a casa de Buu.



A través de los cristales, envuelto en una suave penumbra, se veía un pequeño bulto con orejas. Era Buu que contemplaba la puesta de sol con ojos soñadores.

Y a Peluso le dio pena interrumpirle y se fue sin decirle nada.



Los repollos colorados



Fue justo después de comer cuando Peluso tuvo la idea, y de pocas no se le corta la digestión de la emoción.

Se levantó a toda prisa para lavar los platos, pero, estaba tan nervioso, que en vez de lavarlos los rompió todos. Entonces los tiró a la basura, y salió disparado a casa de Buu.

—Buu —le dijo—, tenemos que formar una banda.

—¿De música? —preguntó Buu.

—No, de repollos colorados.

—¡Huy! —dijo Buu.

Pero Peluso estaba tan impaciente que no le hizo caso.

—Empezaré yo —dijo.

Y levantando la mano, Peluso chilló:

—Yo, Peluso, me declaro miembro de la banda de los repollos colorados, y me comprometo a cumplir la misión. Ahora tú —dijo a Buu.

Buu se puso muy nervioso, y hecho un lío le imitó chillando muchísimo, y luego empujado por Peluso salió a convencer a Don Ron, a Erito y a Gusi de que también debían ingresar.

La cosa no fue fácil. Erito, por ejemplo, que es que no entendía en absoluto de bandas, no quería comprometerse a cumplir ninguna misión hasta que no supiera cuál era.

—Eso no puede ser. Hasta que no pertenezcas a la banda no se te dice la misión. Pues sólo faltaba que todos se fueran a enterar de nuestros secretos —decía Peluso.

Por fin, a regañadientes, Erito pronunció las palabras de rigor.

Con Don Ron también hubo complicaciones, pues se equivocaba, y en vez de decir repollos colorados, decía repámpanos morados, y no valía. Y a Gusi hubo que sujetarle entre dos, porque al levantar la mano para pronunciar las palabras, se le levantaban también los pies, y se caía. Pero, después de que todos hubieran ingresado, Peluso tomó la palabra y dijo:

—Queridos compañeros de la banda de los repollos colorados, nuestra misión será hacer una hazaña.

—¿Qué hazaña?

—Una gran hazaña. No importa cuál. ¡Rompan filas!

—¿Qué filas? —preguntó Buu.

Peluso suspiró.

—Romper filas quiere decir que si yo me voy por la derecha, tú te tienes que ir por la

izquierda.

—¿Y nosotros por dónde? —dijo Gusi.

—Por donde os dé la gana —chilló Peluso. Y dando otra palmada volvió a decir—: ¡Rompan filas!

Y Peluso se fue por la derecha, y Buu por la izquierda, y Gusi hacia adelante, y Don Ron hacia atrás, y Erito hacia su casa diciendo:

—Bah, bah, bah, ¡qué tonterías! Yo no hago ninguna hazaña, y ya está.

Pero los demás, unos hacia un lado y otros hacia otro, todos andaban muy preocupados, sobre todo Buu. ¡Zambombas! ¿Qué podría hacer él? Si fuera de noche, una de esas noches sin luna en que todo está a oscuras, saldría a pasearse por el bosque para hablar con los fantasmas. Eso sí que sería una hazaña. Pero resultaba que eran las tres de la tarde, hacía un sol espléndido, y, desde luego, por más que miraba, no había ningún fantasma. Pero en esto... A Buu le pareció que un matorral se había meneado solo.

—Fantasma —llamó.

Un gran silencio fue la respuesta. Buu empezó a ponerse nervioso, pero no quiso dejarse acobardar.

—Fantasma, fantasmita —repitió.

—Poooooooooh —resonó en el aire.

Y en ese mismo instante apareció Peluso corriendo despavorido.

—¡Sacorro, digo sucorro, digo sucurre! —decía Peluso de nervioso que estaba.

Buu ni lo pensó, echó a correr detrás de Peluso gritando:

—¡Auxalio, digo auxolio, digo exilio!

De repente un segundo estallido resonó en el bosque. Peluso y Buu se abrazaron.

—¡Ay, Buu! ¿Qué habrá pasado?

Buu es que no tenía ni idea.

Y entonces Peluso le contó que, cuando se separaron, pensó que sería una gran hazaña inventar algo que curara el picor de narices sin tener que estornudar. Dudó mucho cómo hacerlo, y por fin se decidió por mezclar en una botella lejía con leche, con colonia y con aguarrás. Entonces removió todo con un palillo, le añadió tres cerillas, cuatro gotas de limón, un chorrito de gasolina, amoníaco y otros productos de fabricación casera. Luego lo tapó y empezó a agitarla con fuerzas.

—Y de repente, Buu —dijo Peluso que, al llegar a este punto del relato también se había agitado muchísimo— la botella dio un brinco, se me escapó de las manos y salió volando por la ventana, y yo salí corriendo por la puerta.

Buu estaba admirado.

—¡Hay que ver lo que es la ciencia! —dijo—. ¡Mira que salir una botella volando!

—¿Pero, Buu, qué habrá pasado?

—Vamos a verlo.

Y despacito, se encaminaron al bosque. Lo primero que vieron fue a Erito con la cara tiznada, sacando agua de un pozo.

—Fuego —dijo—, ha habido fuego. Lo estoy apagando.

—¡Oh, Erito, qué gran hazaña! —dijo Buu.

—Tuz, tuz, tuz —dijo Peluso algo picado.

—¡Zambombas, cómo pesa este cubo! —gruñó Erito tirando de la cuerda.

Por fin el cubo salió, y del cubo salió Don Ron.

—¡Ah! —dijo—, has sido muy amable sacándome del pozo, pero no hacía ninguna falta. Se estaba muy a gusto a remojo.

Los tres amigos se quedaron atónitos.

—¡Pero Don Ron! ¿Por qué estaba usted ahí?

—Porque me tiré de cabeza. Cuando oí lo de la hazaña ni lo dudé: «Lo que tengo que hacer es tirarme de cabeza al pozo», me dije —y Don Ron se marchó a cambiarse de ropa.

—Bah, bah, bah —dijo Erito, y marchó con el cubo a apagar los restos del incendio.

Como todo parecía tranquilo de momento, Peluso y Buu se sentaron en la hierba, y Buu empezó a contar lo que había pensado.

—¿Tú crees que sería un fantasma de verdad? —preguntó—. Yo no vi a nadie, quizás fuera el viento el que meneó al matorral.

—No —aseguró Peluso—. Fue un fantasma. Lo que pasa es que a los fantasmas no se les ve, pero hay muchos.

—Huy —dijo Buu. Y, de repente, se levantó y empezó a subir y a bajar los brazos nerviosísimo.

—¡Huy, huy, huy! —decía con la mirada fija en un punto del horizonte.

Peluso le miró con aire paternal. ¡Cómo había afectado a Buu lo del fantasma! Luego también miró al horizonte y del susto se cayó de espaldas.

Una especie de croqueta enorme se acercaba hacia ellos girando vertiginosamente. Peluso y Buu tuvieron el tiempo justo de apartarse a un lado antes de que la croqueta pasara levantando torbellinos de viento.

—¡Huy, huy, huy! —decía Buu nerviosísimo.

Pero Peluso, que era mucho más sereno, se había fijado que la croqueta tenía ojos, y orejas también.

—Es Gusi —aseguró.

Buu seguía nervioso.

—Habrás que ir a buscarle —decía.

—¿Dónde? —preguntó Peluso.

—Por ahí —dijo Buu señalando por donde Gusi había desaparecido.

Peluso y Buu buscaron, y buscaron, y buscaron hasta que Buu vio aparecer detrás de un árbol unas orejas, un par de ojos, una boca. ¡Sí! ¡Era Gusi!

—¡Gusi! —dijo Buu—. ¡Qué alegría! Creíamos que te habías perdido.

—Y me he perdido —dijo Gusi—. ¿Dónde estoy? ¡Zambombas qué mareo!

Peluso le cogió de un brazo, y Buu de otro, y le llevaron a su casa.

—¡Chicos, la de vueltas que he dado! —les explicó Gusi por el camino.

—Si lo llego a saber hago, otra hazaña en vez de bajar el gran terreplén en un patinete.

Cuando ese atardecer se volvieron a reunir la banda de los repollos, Peluso dijo:

—Querida banda: Estoy orgulloso. ¡Hay que ver qué hazañas! Yo, por ejemplo, he hecho un experimento arriesgadísimo del que, de milagro, he salido ileso. Don Ron se ha tirado al pozo de cabeza y eso que no había trampolín. Gusi ha conseguido rodar a más de sesenta kilómetros por hora, y Buu ha hablado con un fantasma... Pero el mejor ha sido Erito: ¡Ha sacado a Don Ron del pozo, y ha apagado un incendio como si fuera un bombero de verdad! Pido tres hurras por la banda.

—¡Hurra, hurra, hurra! —gritaron todos.

Menos Erito que, en vez de eso, dijo:

—Bah, bah, bah. —Pero, a pesar de tener el ceño fruncido, yo sé que estaba muy contento.



La tormenta



¡Zambombas y panderetas, que tormenta había en el bosque! Es que nunca hasta entonces se habían visto esos relámpagos, ni oído esos truenos. Era una cosa, que vamos, a su lado las tracas de Valencia se quedaban chiquitas (por ponerlos un ejemplo de escala nacional).

Y Buu, que ni siquiera había oído las tracas (nunca había estado en Valencia), estaba asombrado, y aterrado ante tanto ruido, y tanto relampagueo.

—¡Huy, huy, huy! —decía asustadísimo sentado en la cama. Porque es que además era de noche, y además llovía, y además hacía viento, y el viento hacía: «Uuuuuuuun». Y Buu no hacía más que decir:

—¡Huy, huy, huy! —muerto de miedo.

¡Si por lo menos Peluso estuviera con él!

Buu se levantó y miró a través de la ventana. Todo estaba tembloroso y desapacible, y los árboles se movían agitados por el viento, y formando sombras raras en el suelo.

En esto el corazón de Buu dio un salto de alegría. Sí, allá, al otro lado de los árboles, la luz del dormitorio de Peluso se había encendido.

—¡Peluso, Peluso! —chilló Buu con todas sus fuerzas.

—Pooooooooon —un gran trueno resonó en el aire haciendo que los gritos de Buu llamando a su amigo parecieran débiles lamentos, y Buu se desanimó mucho ante esa competencia, y dejó de chillar.

Pero ¿qué hacía Peluso que no miraba por la ventana?

Pues Peluso andaba buscando con un garrote en la mano, ya que un gran ruido le había despertado, y pensó que a lo mejor era que alguien había entrado y se estaba comiendo sus patatas. Pero luego hubo dos o tres truenos más con sus correspondientes relámpagos, y Peluso empezó a pensar que a lo mejor era una tormenta, y miró por la ventana.

—¡Huy, huy, huy! —gritó Buu saltando y meneando los brazos de arriba abajo muy deprisa, y muy cerca de la ventana para que Peluso le viera. Pero Peluso miró primero a la derecha, luego a la izquierda, luego a la derecha otra vez, pues se le había quedado esa costumbre de jugar a espías; luego, muy despacito, muy despacito, se volvió, miró enfrente, y vio a Buu, y entonces, aunque no era su costumbre, Peluso también se puso a saltar, y a menear los brazos de arriba abajo, sólo que en vez de: «Huy, huy, huy», decía:

—Tuz, tuz, tuz.

Un gran charco de agua se había formado entre ambas casas, y Peluso pensó que sería divertido jugar a que estaban navegando, y empezó a balancearse como sabía que lo hacían los que iban en los barcos.

—Estamos en el mar azul marino —dijo Peluso, que estaba seguro que tenía que existir un mar de ese color, aunque las geografías terrestres sólo mencionaran el rojo y el negro.

Buu se puso a imitarle muy contento, porque desde que Peluso estaba en la ventana se le había pasado el miedo, y ni se hubiera asustado cuando sonó el trueno más fuerte de la tormenta, a no ser porque entonces Peluso corrió a esconderse debajo de la cama, y desapareció.

—Caramba, ¿cómo habré venido a parar aquí? —se dijo Peluso cuando el trueno hubo pasado—. Debe de haber marejadilla.

Volvió a la ventana, vio a Buu y la nostalgia se apoderó de él.

—Debíamos de estar los dos en el mismo barco —se dijo—, con estas marejadas nunca se sabe lo que puede pasar.

Peluso tenía un piraucho de goma en el que Buu y él solían pasearse en verano por el lago.

—Hay que preparar las lanchas salvavidas. Cuando hay marejadillas se preparan las lanchas salvavidas —dijo Peluso.

Y ni corto ni perezoso, cogió el piraucho, abrió la ventana y lo tiró.

Buu le miraba asombrado, pero su sorpresa fue mayor cuando vio que Peluso se descolgaba por la ventana muy agarrado a unas sábanas que había atado hábilmente con nudos marineros. Peluso se montó en el piraucho y empezó a navegar hacia la casa de Buu.

—¡Huy, huy, huy! —decía Buu, cuyo corazón latía fuertemente.

—Prepara la escalerilla de mano, Buu —chilló Peluso.

Y Buu empezó a atar sus sábanas, abrió la ventana y se las tendió a Peluso.

La subida de Peluso por la escalerilla de mano fue muy accidentada. Primero intentó subir con el piraucho, pero resultó que así se caía, entonces decidió atar el piraucho y subir él solo.

Ya iba por la mitad, cuando hubo un relámpago y luego un trueno, tan fuerte que Peluso se soltó para llevarse las manos a los oídos, y se cayó otra vez al piraucho.

Pero de ahí rebotó hacia arriba y Peluso, que era muy listo, aprovechó la primera oportunidad que tuvo y volvió a agarrarse a la escalerilla.

El estado de nervios de Buu en la ventana había llegado al máximo.



—¡Huy, huy, huy! —chillaba a todo chillar.

—No ha pasado nada —se dijo Peluso, pero se dio mucha prisa en subir, pues si había otro trueno prefería que ya le pillara en compañía de Buu.

Por fin llegó arriba y Peluso y Buu se abrazaron.

—Te voy a traer un pijama seco —dijo Buu.

—Y de comer, me tendrás que traer de comer. Es lo que se hace cuando alguien se cambia de barco.

Buu dio a Peluso un pijama, y luego fue a la despensa y preparó a Peluso una succulenta comida.

Los truenos y los relámpagos eran cada vez más fuertes, pero los dos amigos estaban tan ocupados charlando que ni los sentían.

—Te voy a preparar el sofá-cama —dijo Buu.

Pero mientras lo preparaba, Peluso se metió en la cama, y se quedó dormido. Así que fue Buu el que durmió esa noche en el sofá.

Y a la mañana siguiente, cuando se despertó, Buu se quedó muy extrañado. ¿Dónde estaban sus zapatillas? ¿Y el caramelo de naranja que había dejado en su mesilla para tomárselo al despertar?

Buu se frotó los ojos, miró alrededor, y vio a Peluso dormido profundamente en su cama.

Entonces se acordó de todas las peripecias de la otra noche, y calladito, sin hacer ruido, Buu salió del cuarto a hacer sus quehaceres matinales. Y dieron las diez, y las once, y las doce, y Peluso no salía.

—No puede ser. No puede seguir durmiendo —decía Buu.

Despacito, entró en el dormitorio. Y, ¡oh sorpresa!, Peluso no estaba en la cama. Ni en el cuarto.

Peluso se había marchado por la escalerilla de mano, y había dejado este mensaje:

«*Agradecido por vuestra hospitalidad. ¡Saludos, Capitán!*».



El árbol de los frutos maduros



La vida era bella, no cabía duda, y, si no, que se lo preguntaran a Buu, que con un vaso de limonada en una mano, y un bocadillo de jamón en la otra, estaba merendando en el jardín de su casa... Y para que la cosa resultara aún mejor, después de merendar se fue a dar un paseo de placer mientras chupaba un pirulí de La Habana.

Y el optimismo de Buu llegó a su punto culminante, cuando vio un precioso árbol cargado de frutos maduros, exquisitos.

Buu le estaba contemplando, cuando en esto un hueso de esos frutos fue a caerle justo en la punta de la nariz.

—¡Ay! —dijo Buu rascándose su dolorida nariz.

Y entonces otro hueso le cayó en la coronilla.

—¡Ay! —dijo Buu frotándose la coronilla.

Y entonces se oyó gran ruido de ramas y un bulto enorme se le cayó encima tirándole al suelo.

—¡Huy, huy, huy! —dijo Buu llevándose un susto tremendo y tragándose de golpe el pirulí.

Pero al ver que era Peluso lo que tenía encima se tranquilizó.

—¡Qué susto! Pensé que a lo mejor eras una fiera.

—¡Pero qué tonterías dices, Buu! —dijo Peluso—. ¿Cómo voy a ser una fiera si siempre he sido Peluso? —y luego añadió—. ¿Sabes?, los frutos de este árbol son buenísimos. Sube conmigo a comerlos.

—Bueno —dijo Buu—. Pero me parece que es un árbol difícil de subir.

—¡Qué va! —contestó Peluso—. Oye, ¿no pensarás que me he caído? Lo que pasó fue que bajé a saludarte.

Peluso empezó a subir al árbol. Buu subía detrás, y en esto Peluso se escurrió, y se cayó encima de Buu, tirándole otra vez al suelo.

—Bah, esto no es nada —dijo Peluso, que apenas se había hecho daño, pues el cuerpo de Buu era muy blandito—, un resbaloncillo sin importancia. ¡Vamos arriba otra vez! ¡Tú sígueme!

—No —dijo Buu, que ya se empezaba a hartar de los resbalones de Peluso—, sube tú primero y cuando ya estés arriba bien seguro me avisas.

Peluso empezó a subir y subió y subió sin caerse y se perdió de vista entre las ramas y... bueno, y nada. A Peluso no se le veía, ni se le oía, ni nada de nada.

—Peluso, Peluso, ¿dónde estás? —decía Buu desde abajo.

—Aquí, estoy aquí, —contestó por fin una voz.

Buu miró hacia donde había salido la voz, y ahí arriba, al otro lado del árbol, estaba Peluso. Se había escurrido y se había quedado enganchado de una rama por el pantalón.

—¡Huy, huy, huy! —dijo Buu subiendo y bajando los brazos.

—No pasa nada, no pasa nada. Que me estoy columpiando —dijo Peluso.

Pero la verdad era que Peluso estaba preocupado. No es que se estuviera mal colgado de una rama, pero el problema era que no sabía cómo descolgarse, y pensaba que después de la tarde vendría la noche. ¿Y cómo se iba él a ir a la cama si seguía colgado de una rama?

—Tuz, tuz, tuz —decía Peluso para disimular mientras se balanceaba de un lado a otro—. Oye, Buu —dijo al fin—, ¿por qué no jugamos a que tú eras un bombero, y este árbol una casa en llamas y entonces yo gritaba: «Socorro, socorro», y tú me salvabas?

—Bueno —dijo Buu—, si tú quieres.

—¡Socorro, socorro! —gritó Peluso.

Pero Buu se había ido.

—¡Socorro, socorro! —gritó Peluso más fuerte.

Y entonces apareció Buu con una manguera y empezó a regar todo el árbol, incluido Peluso.

—¡Ay, ay, ay! ¡Ya no hay fuego! ¡Ya no hay fuego! —chillaba Peluso.

Y Buu dejó de echarle agua.

—Tuz, tuz, tuz —decía Peluso colgado de la rama todo mojado—, ¡qué fresquito se está aquí arriba! —pero como era muy listo enseguida se le ocurrió otra idea—. Oye, Buu —dijo—, ¿por qué no subes tú?

—Sí, es verdad —dijo Buu, que con tanto juego se había olvidado de los frutos.

Pero ¡imposible! Buu no podía subir, porque el árbol estaba muy mojado y escurría muchísimo.

—¡Qué pena! —dijo Peluso cada vez más preocupado—, no sabes lo bien que se está aquí arriba. Pero, oye, ¿por qué no vas a tu casa a por una escalera y subes por ella?

—¡Oh, sí, claro, Peluso! ¡Qué buena idea! —y Buu se fue a por la escalera.

—Apóyala aquí, apóyala aquí —dijo Peluso cuando le vio llegar.

Buu la apoyó cerca de Peluso y empezó a subir.

Para atrás, para adelante, para atrás para adelante, hacía Peluso, intentando llegar a la escalera.

—¿Sabes, Buu? —decía mientras tanto—, los frutos son lo de menos. Lo divertido es columpiarse.

Y para atrás, para adelante, para atrás para adelante, Peluso se columpiaba de una manera exagerada, hasta que por fin logró agarrarse a la escalera, pero como sus pantalones seguían prendidos de la rama, se quedó en una postura un poco incómoda.



Mientras, Buu también se columpiaba, agarrado a una rama, pero le pareció que seguramente sería más divertido comer frutos. Así que se sentó en la rama y empezó a comer, y en esto vio a Peluso que tenía una postura rarísima, y de pocas no se atraganta.

—Pero, Peluso, ¿qué haces?

—Tuz, tuz, tuz —contestó Peluso.

Buu no sabía qué pensar.

—¿Te has quedado enganchado? —preguntó al fin.

—Tuz, tuz, tuz —contestó Peluso.

Buu estaba pasmado. Se acercó y vio que sí, que Peluso se había enganchado, y se puso a desengancharle. Pero Peluso era muy cosquilloso, y empezó a patallar, y luego a manotear, y se soltó de la escalera, y cuando Buu le desenganchó, se cayó y se volvió a quedar enganchado unas ramas más abajo.

—Tuz, tuz, tuz —decía Peluso columpiándose fuertísimo para volverse a agarrar a la escalera —. Nada, que esta noche no me voy a poder acostar. ¡Qué lata!

—¡Peluso, estáte quieto, que te vas a caer! —gritaba el pobre Buu, trepando hacia abajo para llegar hasta él.

Pero Peluso no se estuvo quieto hasta que se cayó, y entonces, ¡plaf!, Buu se le cayó encima, pues el árbol todavía estaba mojado y escurridizo.

—Bah, no ha sido nada —dijo Buu esta vez, pues el cuerpo de Peluso también era muy blandito—. Vamos, Peluso, arriba a comer otro rato.

—Yo no como nada —dijo Peluso, que estaba muy nervioso y con muchas ganas de meterse en la cama—. Me voy a casa.

—¡Pero si es muy temprano!

—¿Si? No importa. Eso lo arreglo yo enseguida.

Y Peluso echó a correr, y en cuanto llegó a su casa adelantó el reloj, cenó y se acostó.

Pero Buu se quedó todavía un rato en el árbol comiendo frutos y columpiándose. Luego se bajó, dejó la escalera en su casa y se fue a ver qué había sido de Peluso.

Grande fue su sorpresa al ver que toda la casa estaba en silencio y a oscuras.

—Peluso, Peluso —dijo Buu.

Del dormitorio de Peluso se oyó un ronquido.

—Rrrrr —hacía Peluso.

Buu entró ahí y vio a Peluso en la cama, y el reloj que marcaba las diez.

—Pero, Peluso, ¿qué haces? Si sólo son las ocho, mira, fuera todavía es de día.

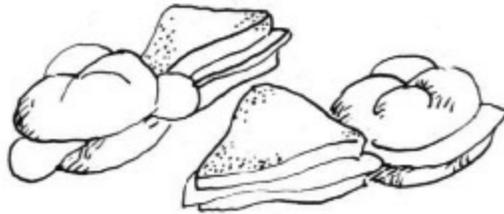
Peluso abrió un ojo, le miró y por toda explicación dijo:

—Tuz, tuz, tuz —y siguió durmiendo.

Buu no tuvo más remedio que irse.

—¡Cosas de Peluso! —se dijo.

Rascalol, donde ningún gorrión jamás llegó



Todas las mañanas, al levantarse, Peluso abría la ventana y se asomaba, y todas las mañanas, al asomarse, Peluso veía ahí, a lo lejos, una montaña altísima, que le tenía muy intrigado.

Peluso ya había consultado con sus mapas y libros de geografía, y sabía que esa montaña se llamaba Rascalol, y que pertenecía a la cordillera Rasca-astros, pero eso no calmó su curiosidad.

—Mira que es raro —se decía—. Una montaña blanca, bueno, por lo menos la parte de arriba siempre está blanca. ¿Qué pasará?

Y un día Peluso se decidió. Cogió un saco, lo llenó de provisiones, y emprendió su camino hacia la montaña Rascalol, situada en medio de la cordillera Rasca-astros, pero antes fue a despedirse de Buu.

—¡Oh, Peluso! ¡Déjame ir contigo! —dijo Buu.

Peluso dudaba, porque Buu no era tan fuerte como él y a lo mejor se cansaba.

—Te advierto —le dijo— que para subir una montaña hay que ir todo el rato cuesta arriba.

—Y para bajarla, cuesta abajo —dijo Buu sin dejarse impresionar lo más mínimo.

Y empezó a llenar su saco de provisiones.

—Bueno, yo ya te lo he advertido. Tendrás que ir cuesta arriba —dijo Peluso.

Y nuestros dos amigos partieron.

Pero cuál no sería su sorpresa, cuando, después de andar un rato, encontraron un letrero que decía: «A LA MONTAÑA RASCALUNA».

—Por aquí no es —dijo Peluso—, nosotros vamos a Rascalol, no a Rascaluna.

Buu estaba perplejo, porque la flecha señalaba hacia la cima blanca de Rascalol, y dijo:

—A lo mejor es que para ir a Rascalol hay que pasar por Rascaluna.

Mas Peluso prefería no seguir, porque de Buu no se fiaba, pero sobre todo, porque estaba cansado, y se sentó en una piedra, y, como quien no quiere la cosa, metió la mano en el saco de provisiones y extrajo un bocadillo de jamón, y empezó a comer.



Buu le imitó, y cuando hubieron acabado, Peluso se sintió mejor, y dijo con gran valentía:

—Buu, ¿qué nos importa el letrero? ¡Caminemos hacia la cima blanca! ¡Caminemos hacia Rascalol!

Y los dos se levantaron de un salto, y empezaron a andar marcialmente, pero pronto una gran montaña cortó su camino. Era la montaña Rascaluna que anunciaba el letrero. Peluso y Buu la subieron, yendo todo el camino cuesta arriba, y luego bajaron, yendo todo el camino cuesta abajo, y, durante todo el rato, Peluso iba resoplando.

—Peluso, ¿estás cansado? —dijo Buu.

—¡Qué va! —contestó Peluso entre resoplido y resoplido.

Pero entonces vieron un letrero que decía: «A LA MONTAÑA RASCAESTRELLAS», y Peluso se sentó de golpe.

—Nos hemos equivocado —dijo sacando un bocadillo de queso.

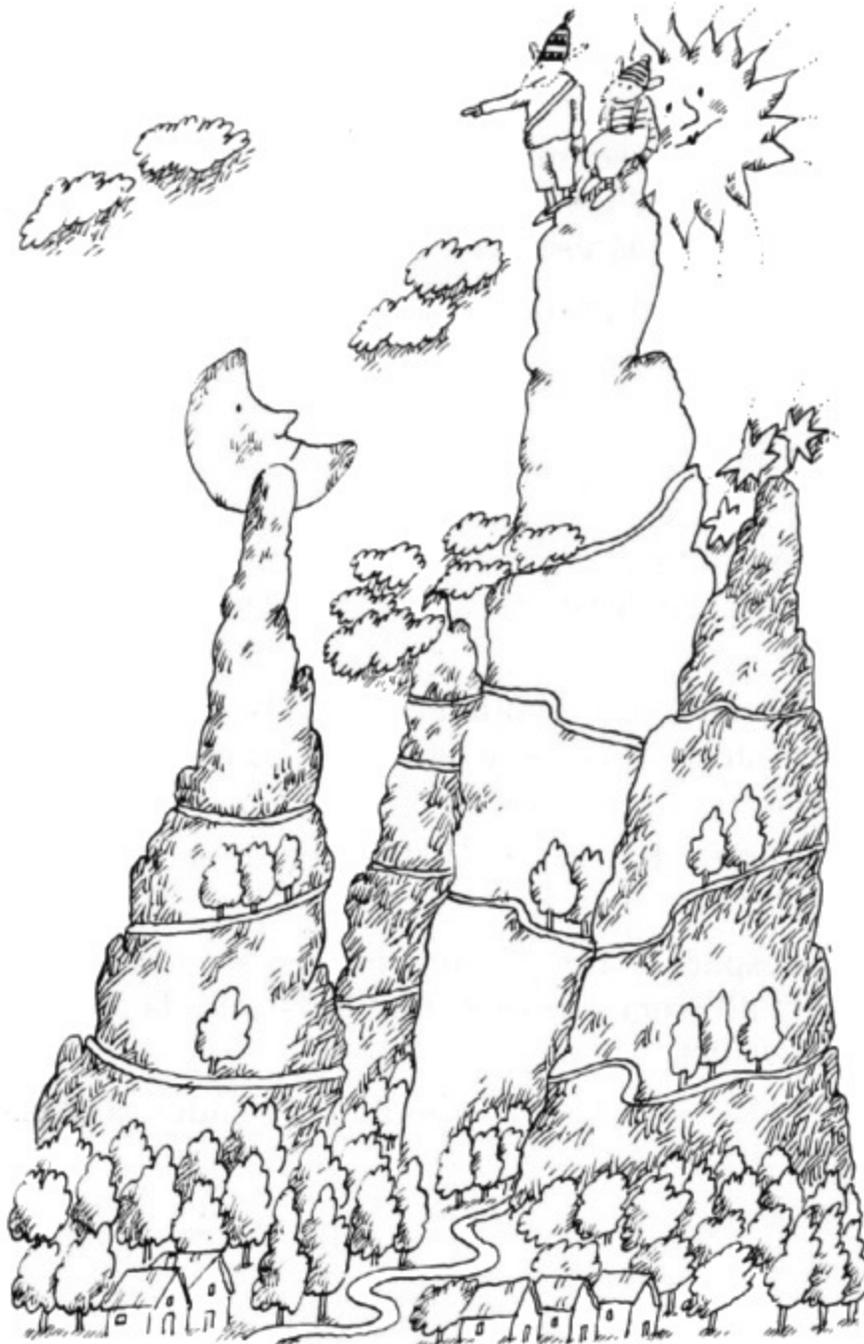
—A lo mejor es que para ir a Rascalol también hay que pasar por Rascaestrellas —dijo Buu.

Pero Peluso no le hizo caso, y siguió comiendo. Buu, que le conocía, sacó otro bocadillo, y ambos comieron en silencio.

Y cuando acabaron, Peluso volvió a sentirse tan animoso como antes, y reanudaron la marcha. Pero como anunciara el letrero, pronto llegaron a otra montaña: la montaña Rascaestrellas.

Nuestros dos amigos la atravesaron, yendo primero cuesta arriba, y luego cuesta abajo, y Peluso resoplando todo el rato.

Y cuando llegaron abajo, Buu se puso a dar saltos de alegría.



—¡Mira, Peluso, mira! —decía señalando un letrero que ponía: «A LA MONTAÑA RASCASOL»— ¡La próxima es Rascalol! ¡Ya debemos de estar cerca!

—Bueno, pero nosotros ¿dónde vamos? —dijo Peluso hecho un lío ya—, ¿a Rascalol, a Rascaluna, o a Rascaestrellas?

—¡A Rascalol! Tú lo dijiste.

Pero Peluso, que de Buu no se fiaba, se sentó, y sacó un bocadillo de chorizo. Buu le imitó, y cuando acabaron, empezaron a andar, y llegaron a ¡¡¡Rascalol!!!

¡Qué alta era! Ahora Peluso y Buu tenían que doblar mucho la cabeza hacia atrás para ver su cima blanca.

—¡Animo, Buu, arriba! —dijo Peluso. Y empezó a resoplar.

Y después de resoplar muchísimo, pues la montaña era altísima, Peluso y Buu llegaron a la ansiada cima blanca.

—¡Es nieve, es nieve! —dijo Buu cogiéndola a puñados y tirándosela a Peluso.

—Estate quieto, Buu. ¿Cómo va a ser nieve si no ha nevado?

—¡Es nieve, es nieve! —repetía Buu.

Y Peluso, que seguía recibiendo puñados y puñados de nieve, tuvo que reconocer que, desde luego, algo frío era. Y empezó a llenar su sombrero de nieve, o de lo que fuera esa cosa fría, para llevársela de recuerdo, y analizarla en su casa.

—Mira, Peluso, mira —decía ahora Buu señalando alrededor.

¡Qué maravilla! A sus pies se veía el bosque, el bosque de más allá, y las montañas Rascaluna.

Rascaestrellas, y otras que Peluso, que sabía mucho, dijo que eran Rascanubes y Rasca-arriba, y que también formaban parte de la cordillera Rasca-astros. Y si uno se fijaba mucho también se veía a Don Ron asomado al balcón.

—¡Oh Buu! —dijo Peluso al verse tan alto—. Estoy seguro que ningún gorrión llegó jamás donde estamos tú y yo.

Y Buu se puso muy orgulloso al oír eso, y los dos se sentaron para admirar cómodamente el paisaje.

Pero resultó que de estar sentados se les mojó el pantalón, y entonces decidieron bajar, porque además ya era tarde.

Atravesaron Rascaluna y Rascaestrellas. Peluso resopló mucho, y se comió un bocadillo de anchoas, y otro de membrillo, y Buu uno de chocolate y otro de foigrás.

Y cuando llegaron al bosque, Peluso sintió frío en las orejas, se puso el sombrero y... Peluso todavía no se explica cómo pasó, pero el caso es que un chorro gordo de agua fría cayó sobre él mojándole de arriba abajo.

Y cuando Peluso miró dentro de su sombrero estaba vacío. No había ni nieve, ni nada.

—Ya decía yo que esta montaña era muy rara —dijo Peluso.

Y así fue como acabó el día que Peluso y Buu subieron a Rascaluna y a Rascaestrellas y... ¡¡¡A Rascalol, donde ningún gorrión jamás llegó!!!

Y un día extraordinario



Bueno, creo que ya van quedando pocas cosas que contar de los batautos, así que os voy a decir, por ejemplo, lo que hicieron ayer.

Don Ron se pasó la mañana haciendo confitura de naranja, con azúcar y cáscara de pera, y cuando lo acabó, la probó y dijo:

—Yo diría que esta confitura de naranja sabe a pera. ¡Repámpanos qué cosas pasan hoy en día!

Y como le había salido mucha, pues la metió en tarros, y regaló uno a cada uno de sus súbditos.

Y al final resultó que, con tanto regalar, el que se quedó sin confitura fue él. Pero no le importó, porque la pera no le gustaba, y por la tarde se puso a hacer más, usando esta vez cáscara de manzana para ver si así salía sabiendo a naranja.



Peluso también pasó un día muy ocupado, pero, naturalmente, sus actividades fueron mucho más intelectuales que las de Don Ron.

Sí, Peluso estuvo largas y largas horas consultando las obras de los grandes astrónomos, para averiguar por qué a las tres de la mañana era siempre de noche, en vez de ser de mañana. Y, después de leer muchísimo, Peluso llegó a la conclusión de que los grandes astrónomos no sabían el por qué de ese fenómeno (claro que, con su natural generosidad, se prometió a sí mismo no decirlo a nadie, no fuera a ser que a dichos señores les sentara mal). Y entonces fue cuando Peluso, con gran valentía, decidió resolver solo el gran problema, se puso a pensar y dijo:

—Si a las tres de la mañana siempre es de noche, será porque todavía no habrá salido el sol.

Y contento con su solución se fue a buscar a Buu para darse un paseo juntos.

—¿Sabes, Buu, que a las tres de la mañana es de noche porque no ha salido el sol?

—Sí, ya lo sabía —contestó Buu.

Y Peluso, que esperaba otra clase de comentario sobre su gran descubrimiento, se quedó algo desconcertado.

—Pues te advierto —dijo olvidándose de su anterior propósito— que ningún gran astrónomo lo sabe.

—¡Huy! —dijo Buu—. ¡Vaya despiste!

Y Peluso volvió a quedarse desconcertado, pero como conocía a Buu, enseguida se concertó otra vez.

—Claro —pensó—, es que estos temas sobre la noche y la mañana son demasiado complicados para él.

Y se puso a hablarle de algo más simple: del tricerotops. Peluso hizo una magnífica descripción de ese antiguo animal. Hasta explicó dónde vivía, y la forma que tenía.

Buu escuchaba sin pestañear, porque estaba pensando en los regalos que iba a pedir el día de su cumpleaños, y cuando Peluso acabó el relato, que por cierto fue bastante largo, dijo:

—¡Eh, Peluso! ¿Qué decías de topsoto?

Y esta vez el desconcierto de Peluso fue tan grande, que ya no dijo nada durante el resto del paseo. Y entonces Buu aprovechó y le contó que a un árbol de su jardín le habían salido tres hojas nuevas.

Erito, en cambio, empleó ese día en hacer cosas verdaderamente útiles y provechosas. Se levantó con el pie izquierdo (Erito siempre se levantaba con ese pie, porque el derecho no se despertaba hasta más tarde) y empezó a pintar el techo de su cocina. Y en esto, «plaf», una gota de pintura le cayó en la nariz, y luego, «plaf», otra en la frente, y luego otra en la barbilla, y Erito estaba furiosísimo, y cada gota que caía, pues más furioso le ponía.

Y cuando acabó de pintar le habían caído más de cien gotas, y estaba tan furioso que empezó a dar manotazos en el aire. Así le pescó Don Ron, que venía a traerle confitura de naranja. Don Ron se creyó que Erito estaba cazando moscas, y se puso también él a dar manotazos para ayudarle, y así se estuvieron hasta que Erito se calmó, y Don Ron se marchó.

Entonces Erito se volvió a poner furioso, porque la confitura de naranja sabía a pera.

—¿Qué habrá hecho este chiflado? —pensó mientras comía, y comía, pues la verdad es que le estaba sabiendo a gloria.

Y tan requeté a gloria le supo, que cuando acabó de comer estaba de buen humor. Entonces hizo unos cuantos barcos de papel, y se marchó a jugar con ellos al estanque.

Y a propósito, ¿no os lo dije? Pues el día de ayer fue un día realmente extraordinario en el bosque, porque Gusi no se cayó ni una sola vez durante todo el día. Sólo al irse a acostar, ya de noche, se cayó dentro de una papelera, y como le dio pereza levantarse, durmió ahí felizmente.





CONSUELO ARMIJO NAVARRO-REVERTE. Nace en Madrid el 14 de diciembre de 1940 y fallece en esa misma ciudad el 22 de junio de 2011.

Sus primeros cuentos aparecen en las revistas infantiles Bazar y La Ballena Alegre.

Su labor de escritora la complementó ocasionalmente como ilustradora, como en la obra de Las tres naranjas del amor y otros cuentos españoles, de Carmen Bravo Villasante.

Realizó adaptaciones de cuentos clásicos y colaboró en la creación de algunos libros de texto.

En su obra cultivó un humor cercano al absurdo y al «*nonsense*». Los batautos son el mejor ejemplo de este humor, «...unos seres verdes con orejas al principio de la cabeza y pies al final del cuerpo, algunos listos, otros tontos y hasta puede que uno esté loco». En 1974 obtuvo el Premio Lazarillo de Creación.

Los batautos fue seleccionada en el VI Simposio sobre literatura Infantil y lectura, organizado por la Fundación Germán Sánchez Ruipérez, en junio de 2000 como una de las cien obras de la Literatura Infantil española del siglo XX.

Este libro es el primero de una serie en la que los batautos son los principales personajes. Según Jaime García Padrino «esta narrativa fantástica corresponde al cultivo del absurdo y el disparate humorístico, cercano a los elementos característicos del “*nonsense*” anglosajón y con una visión propia de un superrealismo infantil»